
D
DETECTIVE
Freixas
Ricky Drayton
NO ES FACIL MATARME

NO ES FÁCIL MATARME

RICKY DRAYTON

NO ES FÁCIL MATARME

1.ª EDICIÓN
NOVBRE. 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

I DON'T DIE CASY

Versión castellana de:

J. PANÉ ARGELICH

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMER



O

Cuando su hombre recibe un tratamiento de plomo candente, ellas, por regla general, no acuden chillando a la policía. Con mayor frecuencia lo que hacen es procurarse otra pareja. O bien, si se trata de la clase de mujer que se enfurece con ello, trata de desquitarse por medio de una navaja, una dosis de cianuro u otra arma cualquiera, característicamente femenina.

Pero Magyar Lupescu era distinta. Apenas se había acostumbrado a ser una mujerzuela cualquiera, y todavía tenía fe, una fe pueril, en las fuerzas de la ley y del orden que representaba el capitán O'Rourke y su brigada criminal del Departamento de Policía de Nueva Orleans. Por eso Magyar se dirigió apresuradamente a la Comisaría con el rostro pálido, macilento, y la piel de ardilla, teñida, revoloteando al aire. En aquellos momentos yo le estaba haciendo a O'Rourke una de mis visitas habituales, mitad de cumplido, mitad profesional. Estábamos jugándonos a los dados el próximo cigarrillo, y yo acogí complacido la interrupción; puesto que el capitán no tenía ninguno y me debía ya tres, que se había fumado hasta entonces. Yo trataba de demostrar el pro y el contra de la cuestión y me preguntaba si tendría que procesarle, cuando se abrió la puerta y por su abertura apareció la cabeza de bala del detective Sam Bolsover.

—Afuera hay una dama que desea verle —anunció.

Las cejas de O'Rourke se encargaron de hacer la pregunta del caso:

—¿Qué tal está?

—No es su tipo —replicó Sam, con su boca estirada hacia abajo.

O'Rourke encogió sus anchos hombros, echó los dados en un cajón de su mesa, y dijo:

—Bueno, de todos modos que entre.

Sam se asomó de nuevo al cuarto del detective e hizo una señal con la cabeza, Magyar pasó por su lado apresuradamente, y entró en el despacho de O' Rourke. La dama llegaba un vestido azul pálido, con dibujos de flor de naranjo; cada una de ellas ocupaba la extensión de un pie. Sus piececitos, muy rellenitos, estaban embutidos en unos zapatos de medida dos números inferior, y con tacones tan altos que daba la impresión de que iba a caer de un momento

a otro de cara al suelo. Su cabellera tenía el matiz de una puesta de sol en tecnicolor, pero era negra en la raja que la dividía, y sus ojos azul porcelana eran prominentes como faros de automóvil.

—¿Quién de ustedes es el capitán? —preguntó, con voz chirriante, cuando yo le hube señalado a O'Rourke con el pulgar, la damita dirigió todo el impulso de su personalidad hacia el policía irlandés, interpelándole—: ¿Hay o no hay justicia? ¡Aquel holgazán indecente anda a sus anchas como un pajarraco, y acaba de asesinar a mi hombre, que para mí se portaba muy bien y valía quince veces más que él!

—Todo eso es muy interesante, señora —repuso O'Rourke, con fatigada cortesía—. Bueno, creo que, de momento podría sentarse, tomar aliento, y empezar por el principio contándome qué diablos ha sucedido.

Magyar tomó una silla, y yo me incliné sobre la mesa.

—Esta señorita es Magyar Lupescu —notifiqué a O'Rourke—. Vive con Bose Andrevitch, un caco de menor cuantía. Lleva con él cosa de unos seis meses. Es de Denver, donde solía arrojar cuchillos en una zahúrda.

O'Rourke me echó una mirada que no estaba cargada precisamente de ternura ni de comprensión.

—Sabihondo —me espetó—, tú sabes todas las respuestas por lo visto.

Yo ladeé el sombrero, y dije modestamente:

—Alguien tiene que hacerlo. Si mi periódico tuviera que confiar en el Departamento de Policía para obtener información, tendríamos que publicar la página de «Sucesos» una vez al año, como suplemento.

O'Rourke hizo girar de nuevo el sillón hacia Magyar.

—¿Es verdad lo que acaba de decir este sabueso de noticias? —le preguntó.

—¡No, es un embuste! —se defendió la dama—. Yo solía ir con Bose, pero nada más.

—¿Cómo se explica eso? —exclamó O'Rourke, arqueando las cejas.

—Pues que ahora está muerto; he aquí como se explica. Y además, no era ningún carterista de menor cuantía. En todo caso, era de mayor…

—Bien, mujer, de acuerdo en que fuese de mayor —concedí yo—. Dime: ¿cuándo ha abandonado este mundo el amigo Bose? ¿Y cómo ha sido?

—Por eso he venido a ver al capitán, si es que me permiten explicarme finalmente —se quejó Magyar—. A mi Bose le liquidaron anoche. El autor ha sido «El Senador».

Ahora permítanme ustedes que les haga un poco de historia, amigos; están ustedes leyendo esto, de modo que será mejor que les ponga en antecedentes. Sí, verdad, es, que nosotros teníamos personajes políticos de conducta dudosa, pero las quejas contra ellos raramente llegaban hasta las oficinas de la brigada Criminal. «El Senador» del cual se queja Magyar, no es ninguno de los palabreros que se sientan en la colina del Capitolio en Washington. «Senador» es un apodo perteneciente a cierto contribuyente de Nueva Orleans, bautizado con el nombre de Grant Rumbold. El apodo se lo ganó por el modo de llevar su levita de *broadcloth* (1), su corbata de lazo de zapato, sombrero de copa baja y ala ancha, y pantalón a rayas finas muy ajustado. Lucía un florido mostacho, con las puntas enceradas. De una talla más que regular y un porte soberbio, tenía una voz atronadora que encajaba con el aspecto de su persona, y según las habladurías de los tabernuchos de los barrios bajos, el hombre era capaz de cortar la cabeza a su propia abuela para poder quitarle el oro de la dentadura.

En mi papel de reportero de crímenes, en cuanto oí el nombre del «Senador» me puse en tensión, como un crítico de cine suele levantar las orejas en cuanto oye decir que alguien se dispone a hacer una nueva película. Sentí olor de tinta fresca. Y O'Rourke olió trabajo, Magyar olía a perfume de cinco centavos, pero

esto no hace al caso.

O'Rourke adoptó su mejor aire de autoridad.

—Esa es una acusación muy seria. ¿En qué se funda para sospechar que «El Senador» haya matado a Bose Andrevitch?

—Es que Bose estaba liado en algún negocio con «El Senador» —explicó Magyar—. Anoche le llamó por teléfono, diciéndole que le esperaba en el «Mandy». Bose salió a la cita a eso de la medianoche… Y no le he vuelto a ver desde entonces.

Viendo a Magyar, era difícil dejar de imaginarse que Bose, una vez fuera del apartamento, no hubiese tomado el primer tren para el Norte. El volver a los brazos temblorosos de aquella dama, no era una perspectiva que, por lo menos a mí, me hubiese hecho estremecer de alegría. Pero cada hombre tiene sus gustos, y por mi parte me esforzaba en asimilar la teoría de que el permanecer fuera de casa toda la noche, no debía de ser cosa que, generalmente, le fuese agradable a Bose.

—Yo tengo la sensación de que hay algo raro en eso —prosiguió Magyar, enlazando las manos y levantándolas en actitud un tanto melodramática.

—Yo cuando tengo una de estas sensaciones, me tomo una tableta de bismuto —atajó O'Rourke, agriamente—. ¿Es que cree tal vez que no tengo otra cosa mejor que hacer, que el montar aquí en mi oficina una sección de «Objetos perdidos»?

—Escuche un poco mientras le explico una cosa, *mister* policía —insistió Magyar—. Esto es confidencial, ¿comprende? Casualmente sé que había algo que aclarar entre Bose y «El Senador», relacionado con carreras de caballos. Y si «El Senador» se enteró que Bose le estaba ocultando algo, me imagino que se pondría hecho una furia; ¿no le parece a usted?

—Y con razón… —musitó O'Rourke—. Bueno, señorita, veremos de dar con su Bose. Lárgate ahora y deja tu nombre y dirección en la oficina. Y no salgas de la ciudad; podríamos tener necesidad de ti.

Magyar se quedó plantada en el umbral, apoyándose inciertamente ora en un pie ora en otro. O' Rourke se volvió hacia ella.

—¡Ya basta! —exclamó con voz tonante—. ¿No te he dicho que trataría de dar con ese sujeto? ¡Por Dios, date el bote de una vez!

Magyar movió la cabeza dubitativamente, y al fin salió. O'Rourke se levantó, y la siguió hasta la puerta.

—¡Bolsover! —llamó a continuación.

El detective levantó la cabeza desde su mesa, donde estaba pasando un informe a máquina.

—Voy, capitán —repitió.

—Tenemos noticias de que «El Senador» hizo desaparecer a Bose Andrevitch anoche —explicó O'Rourke—. No creo que haya nada extraordinario en ello, pero será cuestión de que le eches un vistazo. Me gustaría meterle mano a ese… «Senador» de marras cualquier día.

—Perfectamente, capitán —replicó Bolsover, echándose la chaqueta encima de la guarnición de su revólver, y embutiéndose de un golpe un sombrero panamá en la cabeza.

Yo cogí también mi sombrero.

—¿Tienes inconveniente en que te acompañe, Sam? —le pregunté.

Sam se encogió de hombros, contestando:

—Supongo que te sería muy difícil dejar de meter las narices…

Y bajamos juntos las escaleras.

***

«El Senador» solía encontrarse generalmente en su puesto de director del salón de bolos de la calle East 26. Con los pulgares introducidos en las sisas de su chaleco de fantasía, se mecía adelante y atrás sobre sus talones, mientras nos miraba a Sam y a mí como si fuésemos algo de lo que se hubiese olvidado la Brigada de Sanidad.

—Ya me dirá usted qué diablos los trae por aquí —invitó finalmente.

—Bose Andrevitch —resumió Sam.

—¿Qué hay de Bose? —pregunto «El Senador».

—Que no ha regresado a casa —aclaró Sam.

El detective hablaba sin convicción; se veía claro que no esperaba llegar a ninguna parte en aquel asunto.

—Bien, ¿y qué? —insistió «El Senador».

—Pues… que usted fué el último sujeto que le vió. Estaba citado con él en el «Mandy» anoche.

—Sí, es verdad —admitió «El Senador»—. Estuve dando una vuelta con él durante un rato, y luego lo dejé cerca de la estación. Me dijo que iba a tomar un tren.

—Tenemos motivos de creer que ha muerto —le espetó Sam.

«El Senador» suspiró, como alguien que ha de soportar a un tío latoso.

—Bueno, ¿y porque haya desaparecido por unas horas un granuja de pacotilla, han de venir ustedes a fastidiarme en mi casa? ¡Ya me cansa esta murga! Le advierto que me quejaré al Comisario. ¿No cumplo con los impuestos, tal vez? ¿Es que no puedo disfrutar de las libertades civiles como cualquier otro ciudadano? ¡*Habeas corpus*, derechos del hombre… y demás zarandajas! ¡A mí me importa un pito lo que haya sido de Bose Andrevitch! Además, ¡cómo saben ustedes que ha muerto? ¿Han encontrado por ventura el *Corpus delictus*?

—No, «Senador», no hemos encentrado todavía ningún cuerpo delicioso —se chungueó Sam—. De todos modos, espero que no le moleste si echo una mirada por aquí…

—¡Cuando usted guste! —replicó «El Senador», acompañando las palabras con un gesto de la mano que abarcaba toda la habitación—. Y no se olvide de buscar en el fogón; no sea que hubiese metido a Bose en él.

Sam puso manos a la obra entrando en las habitaciones interiores del establecimiento, sin conceder demasiada importancia a su faena. Yo no me moví del sitio. Ya sabía cómo acabaría todo aquello. Para mí lo más probable era que «El Senador» había liquidado a Andrevitch. Y no cabía duda alguna en cuanto a que Sam no encontraría el fiambre por ninguna parte como pieza de convicción. Precisamente por aquellos días habían ocurrido cosas muy misteriosas en Nueva Orleans. La ciudad ocupa un punto elevado en las estadísticas de mortalidad de gente de mal vivir… y los que tienen que relacionarse con ellos. Es aquél un lugar donde la ley de la jungla sigue operando bastante extensamente, es decir, que los personajes del hampa no aguardan sentados generalmente a que sus adversarios mueran de viejos.

No obstante, en los meses recientes, la Brigada Criminal había permanecido casi con una mano encima de otra. Y la lista de personas desaparecidas habíase duplicado con exceso. Los que llevaban las de perder en las rivalidades de cuadrilla, ya no aparecían flotando en las aguas del muelle o bien tendidos boca abajo en las aceras, con el cuerpo hecho una criba. Ahora, simplemente,

desaparecían. Sólo de vez en cuando O'Rourke llegaba a punto de colgarle el sambenito a uno de los zares del inframundo, pero cada vez se echaba de menos una pieza de convicción de importancia vital: el cuerpo del muerto. Y algo me decía a mí que esta vez iba a suceder lo mismo.

Y así fue. En el atribulado rostro de Sam Bolsover pude leerlo muy bien, cuando el hombre regresó al salón de juego.

—¿Está satisfecho? —le preguntó, con sorna, «El Senador».

—Esta vez te salvas —le dijo Sam—. Procura tener limpia la nariz; te conviene.

—Lo hago siempre —repuso «El Senador», con afectada elegancia—. Y cuando vuelva usted por la Comisaría, dígale de mi parte a ese personaje original que se llama O'Rourke, que procure dejarme en paz de una vez.

—Algún día —remachó Sam—, el Departamento de Policía te echará la mano encima, y entonces sí podrás estar tranquilo para días.

Salimos del garito, y subimos al cacharro de Sam. Dejé que me acompañase hasta la parte alta de la ciudad, donde le pedí que me dejara.

Era aquel un día pésimo, y yo estaba ya cansado de jugarme los cigarrillos con O'Rourke. Me proponía llegarme a mi oficina, para ver qué se estaba guisando por allí.

Iba bajando por la acera a buen paso, cuando, de pronto, una señora se puso a chillar en el otro lado de la calle. Miré hacia allí, y vi que la dama en cuestión estaba con la boca abierta, y la vista fija en un punto que descendía rápidamente encima mismo de mi cabeza. Miré hacia arriba y di un salto rápido de un par de pasos hacia atrás. Justamente a tiempo; delante de mí caía, aplastada, una señora de edad, procedente de los pisos superiores del edificio ante el cual yo pasaba. La pobre mujer quedó inmóvil, convertida en algo informe. Sus extremidades habían quedado horriblemente retorcidas, formando ángulos de toda clase, que la Naturaleza habría sido incapaz de imitar. No tuve necesidad de tocarla para comprender que había muerto. Levanté los ojos hacia le alto del gran edificio que se remontaba sobre la acera y fui curvando la cabeza hasta el ángulo máximo que la articulación del cuello me permitió; estaba mirando a una ventana abierta en el piso más alto; el 25. La ventana estaba exactamente situada en la vertical del punto donde la anciana señora yacía.

Entré por la puerta principal del edificio que vi era el *Belvoir Arms*, un bloque residencial de gente acomodada. Observé a un policía que se abría paso entre la gente apiñada alrededor de la accidentada, pero yo llegué al ascensor, que funcionaba sin personal de servicio, antes que el policía alcanzase el vestíbulo, con lo que le llevé cierta ventaja. El viaje hasta el piso 25 fué bastante largo, de modo que cuando llegué arriba y reenvié el ascensor, me preguntaba a mí mismo qué era lo que estaría esperando encontrar allí.

Ante mis ojos se extendía un largo corredor, con sendas hileras de apartamentos a cada lado. Uno de ellos, casi frente al ascensor, estaba abierto. Al final del pasillo, una ventana abierta daba a la calle. Era un alto ventanal, con el alféizar relativamente bajo. Y a su lado, con la cara blanca como la nieve, apoyándose de espaldas a la pared y con una mano apretándose la frente, había una joven cuyo cabello estaba iluminado por los rayos del sol.

Iba bellamente ataviada: llevaba una bata de tarde, de seda, que no había salido precisamente de ningún bazar barato. Las perlas que le rodeaban el cuello eran auténticas, y tan blancas como su rostro en aquellos instantes. Sus labios, entreabiertos, parecían una herida sangrante, y las pestañas de sus ojos cerrados proyectaban sombras azuladas sobre sus mejillas.

Me dirigí rápidamente hacia ella usando la mullida alfombra, y la cogí del

brazo. Su carne era suave, pero firme bajo la presión de mis dedos.

—Tómeselo con calma, hermana —exhorté, apartándola de la ventana.

La mujer dió unos pasos vacilando, hasta que se apoyó fuertemente en mí. Con un brazo rodeándole la cintura para sostenerla, avanzamos por el corredor, hasta la puerta abierta del apartamento.

—¿Aquí? —pregunté.

Ella movió la cabeza ligeramente, indicando que sí.

Era un pisito coquetón, lleno de muebles modernos, de gran precio, y pinturas cubistas. Sobre una mesita con superficie de cristal, había los restos de un servicio de té. Dos platos, dos tazas con sus platillos. Las dos tazas, observé, que llevaban señales de carmín de labios. Una de ellas tenía el vivo escarlata de la boca de la dama; la otra era de un color rosa más pálido.

La rubia se dejó caer en uno de los sillones con armadura de tubo de acero. Yo eché una mirada por la habitación, en busca de algo más fuerte que el té para podérselo ofrecer. Pronto descubrí una pequeña garrafa y vasos en un aparador, y le serví un poco de *whisky* que le acerqué a los temblorosos labios. La joven sorbió el licor, se atragantó y volvió a sorber. Abrió los ojos. Eran unos ojos grises. No azul-gris o verde-gris, sino más bien acercándose al malva; gris verdadero.

Señalé con la cabeza hacia la mesita. De la tetera salía todavía una fina espiral de vapor.

—¿Tenía usted compañía? —le pregunté.

La dama cerró otra vez los ojos.

—Tía Carolina ha venido a tomar el té —declaró con un suspiro—. Ha sido ella la que ha caído por la ventana.

II

Una respiración pesada, asmática, en el umbral, me advirtió que no estábamos solos. Me volví rápidamente y vi a un policía cuya gran corpulencia y aspecto en general contrastaban curiosamente con el fondo de telas floridas y chucherías chillonas del femenino piso.

—¿Quién de ustedes sabe algo de esa vieja señora que se ha zambullido por la ventana? —preguntó, haciendo girar su gorra de plato entre sus manazas de martinete.

La dama emitió un breve gemido, y se convirtió en un torrente de lágrimas.

—Ha sido tía Carolina, parienta de esta dama, la que he caído por la ventana a la calle, señor policía —expliqué yo—. Pasaba por la acera, y subí inmediatamente.

—¿De dónde ha caído? —inquirió ahora el policía de servicio, dirigiéndose secamente a la dama.

—Por la ventana del fondo del corredor, supongo —repuso la señora, con voz entrecortada—. Es una ventana peligrosa; el alféizar está muy bajo.

El policía salió al pasillo, y fué a examinar la ventana. A continuación miró al ascensor. Por las arrugas de su frente habría adivinado en qué estaba pensando el hombre. Daba la sensación de trabajo duro. Al fin habló:

—¿Cómo ha sido que fuese a la ventana? Para ir hacia el ascensor, tenía que alejarse de ella…

—Perfectamente, amigo; puede darle un poco de reposo a su cerebro —dijo una voz conocida a espaldas del policía patrullero quien se volvió un poco sorprendido.

Sam Bolsover entró al tiempo que se echaba hacia atrás su sombrero, dejando la frente al descubierto. Al verme a mí, cambió súbitamente de tono.

—¡Drayton! —exclamó—. ¿Qué diablos está haciendo por aquí?

Estaba a punto de explicárselo, cuando el policía contestó por mí, contando lo que yo le había dicho. Bolsover no daba señales de creer una sola palabra de ello. No obstante hizo caso omiso de mí y se dirigió rápidamente hacia la dama.

—¿Su nombre? —le espetó.

—Fey Singler —contestó la joven—. Lo pronuncio con una E (2).

—Pronúncielo como le dé la gana. ¿Ocupación? ¿Casada?

—Ni una cosa ni otra —replicó Fey—. Soy soltera y no tengo profesión alguna.

—¿Qué parentesco le unía con la vieja señora?

—*Miss* Carolina Lightbody era mi tía favorita —explicó la joven—. Vino a tomar té conmigo. Estuvo comentando la magnífica vista que se domina desde el fondo del pasillo, y supongo que ha querido ir a echar otra mirada antes de marcharse. Debió ser entonces cuando resbaló. La pobre iba ya por los sesenta y ocho, y no se sostenía muy firme sobre los pies.

—¿Era su tía favorita, ha dicho? —gritó Bolsover, con un pie apoyado en el brazo del sillón de Fey, inclinándose hacia ella hasta casi tocarle con el índice a la nariz. Y cuando la joven hubo movido la cabeza en asentimiento, el dedo de Sam subrayó la energía de la frase siguiente—: ¿Y usted era su sobrina favorita?

—Esto supongo —repuso Fey, con una voz humedecida de lágrimas.

—¡Y por eso le ha dado el empujón frente a la ventana para poder quedarse con la herencia! ¿eh? —concluyó Sam, con aire triunfal.

Fey se echó hacia atrás en la butaca, con los ojos abiertos de horror.

—¿Cómo se atreve usted…? —empezó.

Yo intervine, y cogí a Sam del brazo.

—Creo que hay bastante, amigazo —le dije—. La dama no tiene por qué contestar más preguntas ahora, y tú no tienes ningún derecho a plantear tales insinuaciones.

—¡No te metas en lo que no te importa! —replicó Sam, vivamente. Y se volvió otra vez hacia Fey—. Se ahorrará usted muchas molestias si empieza hablando claramente desde ahora. Le ha dicho a la anciana señora que mirase por la ventana, y entonces le ha dado el empujón; ¿no ha sido así?

Volví a coger a Sam por el brazo, pero ahora con mayor energía.

—Escúchame, Sam —le advertí—. Si cometes otro desatino como el de hace un momento, te daré un puñetazo tan fuerte que creerás se viene todo el bloque abajo. Y luego me puedes empapelar por desacato a la autoridad… Si haces eso, piensa que lograré separarte del Cuerpo.

Sam me echó una mirada rencorosa, y giró sobre sus talones, diciendo con voz malhumorada:

—Síganme los dos a Jefatura.

***

En la Comisaría, Fey explicó a O'Rourke la misma historia, y O'Rourke hizo la misma sugerencia que había hecho Sam, aunque con un poco más de tacto.

—¿Sabía usted si podría beneficiarse con el testamento de *Miss* Lightbody? —le preguntó.

—Nunca se me ocurrió pensar en tal cosa —respondió Fey, con altivez—. Siempre he deseado que tía Carrie estuviese todavía con nosotros muchos años.

—Usted no tiene por qué contestar a tales preguntas, *Miss* Fey —tercié yo—. Llame a un abogado.

—No me hace falta ningún abogado —respondió ella—. Soy inocente, de modo que nada de lo que diga me podrá hacer ningún daño.

—¿Pero todavía estás por aquí, tú, Drayton? ¡Lárgate ya! —exclamó O'Rourke, enfurecido.

—La aguardo ahí fuera —le dije a la dama—. Y no se deje impresionar por ninguna de las amenazas que le haga ese espantapájaros. ¡Si pudiese salirse con la suya, la empapelaría a usted por haber asesinado al mismísimo Abraham Lincoln! —y cerré de un portazo.

Diez minutos más tarde, Fey salía de la Comisaría. Aparecía un poco macilenta y estaba todavía temblando, pero continuaba valiendo millones.

—¿La ha asustado ese botarate de capitán? —le pregunté solícito.

—Un poco —repuso—. Pero sé cuidar de mí.

—Bueno, de todos modos, a partir de ahora voy a encargarme yo de su cuidado.

Parecía excesivamente frágil para tener que ir por ahí librando sus batallas frente a tipos curtidos en todas las lides, como eran O'Rourke y Bolsover. Aquellos ojos grises se fruncían provocativamente en las comisuras.

—Eso sería para mí muy agradable, *Mister* Drayton —manifestó.

—Llámame Ricky. Y yo te llamaré Fey… con E.

La cogí del brazo y la acompañé a través de la antesala maloliente y sucia de la Jefatura de Policía. Al llegar a la acera, llamó a un «taxi».

—No hay necesidad de que me acompañes a casa —dijo Fey.

—No pensaba hacerlo —declaré—. Ahora vamos a tomar una copa. Si tú no la necesitas, yo sí. Y me aburre solemnemente beber a solas, ¿sabes?

Su rostro relajó la tensión con una sonrisa que daba gusto ver.

—Ahora pienso que tal vez me sentará bien tomar algo también —admitió ella—. El hablar con su compañero O'Rourke me ha producido algo de sed.

—El capitán no es ningún compañero mío —protesté.

Le dije al taxista que nos llevase al *Starlight Room*. Me encontraba en estado de ánimo para vaciarme los bolsillos aquella noche.

La nota dominante en la decoración del *Starlight Room* es el azul de medianoche, con relieves plateados y formando estrellas en las paredes y en el techo en forma de cúpula donde refulgen las luces. Una orquesta fina, finísima, teje melodías de ensueño. Además, allí se expende el mejor *whisky* de Nueva Orleans. Es un licor tan suave como las notas de la orquesta, y acaricia la garganta como si fuese terciopelo líquido. Un largo bar en forma de L ocupa toda una ala del edificio, y en el centro está la pista de baile rodeada de mesitas. La orquestina ocupa una tarima redonda giratoria, con superficie de cristal azul. Los camareros llevan frac, y lucen unas uñas limpias. Todo lo cual constituye una serie de razones para que un par de vasos de *whisky* le cueste a uno sus buenos cuatro pavos.

Fey me dejó en el vestíbulo para ir a empolvarse las narices o algo por el estilo, aun cuando a mí me parecía que estaba más que presentable. La chica del guardarropía estaba husmeando un diario de la noche. Cuando le eché mi

sombrero encima, tuve ocasión de mirar fugazmente a los titulares. El papel publicaba la noticia de la caída mortal de *Miss* Lightbody, y contenía el retrato (de serie, supongo yo), de Fey. Con una sensación de desgana al pensar en mi trabajo, me dije que podía pergeñar una especie de folletín antes que mi propia hoja truculenta se retirase a dormir en el seno del periódico.

Fey salió del cuarto de empolvar. Si la dama valía un millón de pavos antes de entrar allí, ahora al salir parecía valer la misma cantidad… libre de impuestos. Se había alisado con un brillo suave su cabellera de un rubio deslumbrador, se había dado unos expertos toques de sombra en los ojos, carmín y colorete en labios y mejillas, y había renovado su perfume Park Avenue.

—Tengo cita con la criatura más suculenta de la ciudad —le dije, cuando se acercó a mí con una sonrisa destructora.

Mientras bebíamos en una de las mesitas de pareja, la joven me explicó la historia de su vida. No era realmente lo que podríamos llamar una historia, en parte porque a mí me agradaba la dulce música de su voz, y en parte porque pensaba que con ello tendría tal vez necesidad de llenar media columna antes que la noche hubiese expirado. Cuando terminó de hablar, yo consumí un turno de media hora aproximadamente para decirle lo guapa que estaba. Tal vez ustedes creerán que esto era cosa obvia y que, por tanto, estuve perdiendo el tiempo; en tal caso demostrarían ustedes una supina ignorancia. Cuanto más bella es una dama, tanto más le gusta que se lo digan. Y el mejor rendimiento se saca de ello. Fey empezó a considerarme un tío con toda la barba. Esto lo adivinaba por la luz de sus ojos y la forma con que se deslizó en mis brazos cuando le propuse bailar.

La pista estaba atestada de parejas, y la música era de lo más sedoso. No era, naturalmente, lugar ni hora aquélla para desempeñar el papel de una pareja de tortolitos. Se trataba sólo de marchar al ritmo de cámara lenta, mecerse suavemente cual dos almas que vibran al unísono de la música y se disponen a conocerse y quererse cada vez mejor. Pero, de pronto, Fey se puso rígida en mis brazos y apartó vivamente la cabeza de mi hombro. La miré a los ojos, con firmeza inquisitiva.

—Vámonos —dijo.

Las damas son así. Por una larga y triste experiencia, he comprobado que de nada sirve discutir con ellas. Acompañé otra vez a Fey a la mesa, donde recogió su bolso, guantes y su bolero de piel, y nos dirigimos a la salida. No le pregunté qué le había pasado, hasta que estuvimos en la acera.

—Nada —me contestó—. Es que allí dentro he visto a alguien a quien no me gustaba encontrar

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Ganarías algo si volviese a entrar yo y le arrancase las orejas?

Ella sonrió, y me puso una mano sobre el brazo.

—Eres un ángel —dijo—. Y a mí me enloquecen los tipos protectores. Pero eso no serviría de nada. Ese fulano nunca me ha hecho nada malo… Solamente que no me es simpático; nada más.

—¿Quién es el que no te es simpático? —le pregunté con aquella meticulosa observancia de las reglas gramaticales que me distingue de los gacetilleros del montón.

—Mi primo Roddy Pretzel —repuso ella—. Llama un *taxi*, Ricky, por favor.

Silbé a un chirriante cachivache que pasaba, y ayudé a Fey a montar en él.

—¿A dónde vamos? —le pregunté—. ¿Quieres ir a casa o no, ahora?

—Todavía no —replicó ella—. ¡Tanto que nos divertíamos!… Vamos a algún otro sitio.

Le indiqué al taxista que es dirigiese a *Maxim's Bistro*, y me senté al lado Je Fey.

Yo conocía a Roddy Pretzel. Era un muchacho sagaz y brutote, de la clase de los mozos campesinos. Un verdadero patán. No era difícil comprender que a Fey tenía que disgustarle que la supiesen emparentada con un sujeto como aquél.

El *taxi* viró hacia una calle lateral, dando un porrazo en la acera. Fey vióse lanzada contra mí, y yo resistí impávidamente. En aquel momento, me olvidé por completo de Roddy Pretzel.

En el *Maxim's* nos divertimos alborozadamente. Allí el ruido está a la orden del día. Buttonmouth Piggot y el resto de la tripulación de su jazz, ponían los instrumentos al rojo vivo en el salón del fondo de la casa. Fey, en cuanto se hubo puesto a tono con una botella de Borgoña, templó las cuerdas vocales de una forma que habría envidiado más de una vicetiple. La chica bailaba entretanto con tal ímpetu y propiedad, que parecía iba a destornillarse. Aquél era, por lo visto, un aspecto nuevo de la delicada Fey de ojos soñadores que yo desconocía. Un aspecto nuevo, que no dejó de gustarme, además. Me encontraba ante una criatura que sabía gozar de la vida tal como se le presentaba. No le gustaba perder el tiempo, me imaginaba.

Pero aquello tenía un fin. Era fatal para mí tener que interrumpir aquel sueño y decirle a Fey que era hora de retirarse a casa. Por mi parte, yo tenía que llegarme al periódico y teclear algún cuento para la primera edición del día siguiente. Y no era cuestión de abandonar a la dama entre aquella jauría de lobos musicales.

Fey se puso suave y blanda en el *taxi* que nos llevó al *Belvoir Arms*, donde tenía su pisito. Subimos en el ascensor y la acompañé por el pasillo, haciéndola andar apresuradamente hasta la puerta de su apartamento. No pude evitar, sin embargo, que temblase de pies a cabeza al pasar por delante de la ventana que había sido la puerta de entrada del sepulcro de tía Caroline.

Plantados delante de la puerta del piso, Fey me rodeó el cuello con sus brazos, preguntándome:

—¿De verdad tienes que marcharte? ¡Tengo un poco de miedo! Voy a encontrar eso algo tétrico… sola.

—Podría volver más tarde —le propuse.

—Sí, hazlo así —asintió. Y rebuscando en su bolso sacó un objeto brillante, que me entregó diciendo—: Toma esto. Es la llave. Quién sabe… a lo mejor me duermo.

La puerta se cerró y yo quedé plantado en el pasillo, con la llave en las manos y el sabor de su barrita de labios en los míos para demostrarme que no era yo el que estaba dormido, y que todo aquello era algo más que un sueño.

De regreso a mi oficina, hice saltar chispas a mi máquina de escribir. Pocas veces la había estado aporreando tan cruelmente, la pobre. Tenía una prisa extraordinaria en acudir a la cita. Arribé el reportaje terminado en las manos de Reagan, el jefe de la página de «Sucesos» del diario.

—Ya sé que esto huele a chamusquina —le dije, adelantándome a la crítica que no podía faltar—, pero está escrito tan bien que apenas se nota.

Cogí el sombrero, y me lancé por la escalera; subí de un brinco a mi descapotable, aparcado frente a la Redacción, encarando su morro hacia la parte alta de la ciudad.

Paré delante del *Belvoir Arms*, y entré en el ascensor. Cuando las vacilantes lucecitas indicaron que me acercaba al piso 25, saqué del bolsillo la llavecita del apartamento de Fey. Entonces me vi la cara reflejada en una placa de metal cromado del ascensor. Estaba sonriendo como un verdadero bobo.

CAPÍTULO III

Por la rendija de debajo de la puerta del apartamento de Fey no asomaba luz alguna, y en el interior no se oía tampoco ningún ruido cuando introduje la llave en la cerradura. La salita estaba a obscuras, por lo que tropecé con una mesilla antes de encontrar el interruptor de la luz. En el piso había, completa quietud; demasiada quietud, casi. Me estaba preguntando si Fey aguardaría detrás de una puerta, preparada para dar un brinco y decir, «¡uhhh!», pero pensé que no era una niña tonta para nacer una burrada de esas.

Me había dicho que tal vez estaría dormida cuando yo regresase; aquello era la simple explicación de aquel silencio. Con el corazón latiéndome como echando coces, me dirigí al dormitorio. Empujé la puerta. Di la vuelca a un interruptor en su marco, y un suave resplandor rosado que partía de la cabecera de la cama, dejó ver unas arrugadas almohadas, la sábana doblada hacia arriba: la cama vacía.

Quedé plantado en el umbral mirando fijamente aquella cama como si ella pudiera enviarme alguna clase de mensaje, mientras no cesaba de crecer mi inquietud. La ropa de Fey aparecía plegada y colgando del respaldo de una silla al lado de la cama. En el suelo no se veían ningunas zapatillas, ni colgada ninguna bata detrás de la puerta. La habitación estaba impregnada de su perfume… de su perfume y de algo más. Fué ese «algo más» el que me había ido penetrando en el subconsciente, haciéndome sentir la helada zarpa del miedo en el fondo de mi conciencia. El olor se hizo más fuerte hasta que dominó el perfume de Fey. Fué entonces cuando descubrí de qué se trataba. Salí corriendo del dormitorio y entré por la otra puerta que conducía a la salita de estar, en el fondo de la cual había otra que daba a una minúscula cocina… y la otra cosa que me dió de lleno en la cara: ¡el gas!

Fey estaba hundida en una silla de madera, con las manos en las caderas y la cabeza apoyada sobre el fogón a gas. El silbido que producía el gas al escaparse por los mecheros del fogón era tan fuerte allí dentro de la pequeña habitación, que se me hacía difícil comprender por qué no le había oído antes. Cogí la silla con Fey encima, y la arrastré hacia la puerta. A continuación cogí una ponchera de encima de la mesa y la arrojé contra los cristales de la ventana. Asfixiándome casi por los gases, pude dar la vuelta a la llave y cerrar el tubo. Levanté entonces a Fey en mis brazos y la saqué hacia la salita, cerrando la puerta de la cocinilla con un taconazo. Deposité a la joven en un sofá, y le tomé el pulso. Era débil, pero lo tenía aún. La puse boca abajo en el suelo, y le practiqué la respiración artificial. Poco rato después empezó a dar nuestras de mareo, y comprendí que nada irremediable había sucedido.

La senté entonces al lado de la ventana abierta para que respirase aire puro, cosa que hizo inmediatamente y muy a gusto. Un rato después le di un poco de coñac, y pude observar que el color le volvía a las mejillas.

—¿En qué estás pensando ahora, querida? —le pregunté.

Tal vez no personifique yo el ideal de los sueños de una doncella, pero por lo general las damas no tienen motivo para meter la cabeza en el fogón de gas, cuando se han dado una cita para avanzadas horas de la noche con Ricky Drayton.

Entre espasmódicos sollozos, Fey me contó lo sucedido. Al parecer, hubo una llamada en la puerta, cuando hacía aproximadamente media hora que yo había salido de allí. Como Fey creyera que yo había perdido la llave que me

había entregado, fué a abrir. Pero en lugar de encontrarme a mí allí, con los brazos abiertos de amor se encontró ante un tipo alto, vestido con abrigo obscuro, las solapas levantadas y el ala del sombrero hacia abajo. La inmediata acción que Fey le vió hacer fué la de aplicarle un trozo de algodón con cloroformo a la boca, de modo que la joven perdió ya todo interés en lo que le sucedía a continuación.

—Fuese quien fuese ese tipo —le dije, cuando hubo terminado su relato— ha hecho lo posible para dar al suceso la apariencia de un perfecto suicidio. Dime, cariño: ¿no tienes la menor idea de quién puede haber sido ese fulano?

—No —repuso ella, pero sin convicción.

—Dime, vida mía —la insté con porfía—. Quizá no sea esto tan misterioso como crees.

—Bien, pues —declaró—, en el preciso instante en que perdí los sentimientos me pareció reconocer al hombre. Algo difuso… impreciso… no sé, me hizo pensar en Roddy Pretzel…

—¿Quieres decir aquel primo tuyo que vimos en el *Starlight Room*?

Ella movió la cabeza, asintiendo.

—Pero ¿qué necesidad tenía de despacharte para el otro mundo ese Roddy Pretzel? —pregunté yo.

—A causa de tía Carrie —concretó ella.

—No lo entiendo.

—Pues está claro —repuso Fey—. Aquel detective tenía razón, en cierto modo, al sugerir que yo fuese la sobrina favorita de tía Carrie. Todos sus parientes creían que la anciana señora me dejaría el dinero a mí. Y puedes creer que estaba bien forrada de billetes. Yo no pensaba igual que ellos. De todos modos, si Roddy creía que yo iba a ser la principal beneficiario de los bienes de nuestra tía, eso le habría dado motivo para desear quitarme de en medio. Faltando yo, él sería el primero. Y Roddy nos vió en el *Starlight Room*. Tal vez nos siguió hasta el *Maxim's*, y desde allí hasta aquí.

—¿Por dónde suele rondar ese delicioso personaje? —inquirí—. Roddy y yo hemos de tener unas palabras.

Fey puso una mano sobre mi brazo.

—Ten cuidado —me suplicó.

—Lo tendré—la tranquilicé—. Ahora dame la dirección de Roddy.

Me la dijo. Se trataba de un apartamento en la calle Stuyvessant, del barrio de más postín de la ciudad. Le di un beso a Fey y le dije que no abriera la puerta a nadie más; yo ya la llamaría por el timbre desde el vestíbulo. Entonces, cogí el sombrero y salí.

En la casa residencial de la calle Stuyvessant me encontré con un portero de noche, ataviado como un general de la Guerra Civil. Una moneda de plata que deslicé en su mano cubierta con guante blanco, me dió derecho a un viaje en ascensor hasta el piso de Pretzel, sin ir acompañado y sin previo anuncio a su propietario. El portero me indicó que hacía poco rato Roddy había subido a sus habitaciones.

Apliqué el pulgar en el timbre de la puerta, y no cesé de apretar hasta que la puerta se abrió y apareció en el umbral la alta y saturnina figura de Roddy Pretzel. Su obscuro abrigo y su fedora coincidían perfectamente con la descripción que de él me había hecho Fey. Pasé al vestíbulo, cerrando tras de mí la puerta de un taconazo, y agarré al mismo tiempo a Roddy por las solapas del abrigo, inmovilizándole así los brazos. El quedó sorprendido por unos instantes, que yo aproveché para cachearle rápidamente. No llevaba arma

alguna, pero encontré algo de lo que buscaba: el trozo de algodón que llevaba todavía en uno de los bolsillos del abrigo, envuelto en un pañuelo y despidiendo el olor de hospital, dulce y marcador del cloroformo. Él intentó arrebatármelo, pero sus brazos estaban inmovilizados por el abrigo, de modo que pude ponerlo fuera de su alcance; le clavé la otra mano en la boca y le empujé hacia la salita de estar.

—¿Qué diablos significa esto? —logró decir al fin, con dificultad.

—Tengo malas noticias para ti, primo mío —le dije—. Fey no ha muerto.

El individuo se limitó a mirarme estúpidamente atónito, de modo que lo eché unas cuantas palabras más con la esperanza de punzarle y lograr hacerle reaccionar.

—Te ha reconocido —añadí.

Pretzel sacudió los brazos, y el abrigo le cayó al suelo. A continuación vino a por mí. El primer puñetazo fué un magnífico directo que yo bloqueé con la derecha, mientras con la izquierda le descargaba otro en la boca del estómago, fuerte y veloz como un rayo. Se tambaleó hacia atrás, y me ofreció la barbilla. Aproveché la invitación, y le aplique un derechazo en ella que le levantó en vilo unos instantes. Tendido cuan largo era de espaldas al suelo, me miraba con ojos ardientes. Como intentara levantarse, me coloqué de un saltó detrás de él, y le cogí por el cuello de la camisa en el mismo instante en que su mano se agarraba al tirador de la puerta. La aparté de un tirón, y Roddy tambaleándose fué hasta el centro de la sala. Le descargué entonces un formidable puñetazo en un ojo.

La dura punta de su zapato chocó secamente con mi espinilla, produciendo un ruido como el disparo de un revolver. El dolor me dejó momentáneamente al descubierto para recibir un mazazo en la boca que me llenó de dientes la garganta, inmediatamente siguieron dos fuertes golpes en el plexo solar, y me vi de espaldas a la pared. Crucé los brazos encima del vientre, estremeciéndome de caderas para arriba. Él se aprovechó para descargarme otro puñetazo en la mandíbula; habría sido un golpe tal vez definitivo, pero, por suerte, mi mandíbula no estaba ya allí, y mi rival emitió un furioso rugido cuando el puño se le aplastó en la pared. Pasé entonces de nuevo a la acometida, y le mandé otra caricia al ojo que se le estaba cerrando rápidamente. A continuación otro mazazo en el estómago le mandó tambaleándose hacia atrás, basta quedar apoyado en la repisa de la chimenea.

Dejé la pared y me lancé hacia Roddy, pero antes de llegar, él se había apoderado de un recio vaso de la repisa y me lo arrojó a la cabeza. Me agaché justamente a tiempo, y mientras Pretzel efectuó otro desesperado intento de fuga hacia la puerta. Ahora lo logró; antes que yo le alcanzase, cruzó el pasillo y llegó al ascensor.

El ascensor estaba abajo. Pretzel tenía el dedo en el botón. Le aparté, agarrándole por el hombro, y le asesté un puñetazo en la cara en cuanto se volvió. Entonces echó a correr hacia las escaleras, y empezó a bajarlas. Me deslicé por encima del pasamano, y le alcancé a mitad de camino del primer tramo. Los dos rodamos hasta el rellano, nos levantamos en seguida, y nos aporreamos un poco más.

Un buen *uppercut* tumbó a Pretzel escaleras arriba, y cuando volvía a por él, levantó ambas piernas aplicando los pies sobre mi pecho y lanzándome como una catapulta por el tramo siguiente. Pude frenar a la mitad, y vi cómo Pretzel se levantaba y saltaba hacia mí, con los pies por delante. Logré esquivar los pies, y pude agarrarle con ambas manos por la cintura. Por un instante le

mantuve en vilo por encima de mi cabeza; luego me volví y le arrojé sobre la balaustrada, que se astilló bajo su peso. Con medio cuerpo colgando a cada lado, resbaló por el pasamanos por un trecho de unos doce pies. Al llegar al rellano siguiente, quedó detenido en la curva.

Corrí hacia allí para comprobar si le había matado. Quedé sorprendido al notar que todavía respiraba, aunque con mucha dificultad. Me lo eché entonces a un hombro, al estilo de los bomberos, y descendí con él hasta el vestíbulo. El portero quedó algo sorprendido al vernos.

—Nada; hemos tenido una discusión amistosa —le expliqué, pasando con mi carga en dirección a mi coche, frente a la casa.

Descargué a Roddy en la parte trasera, me deslicé tras el volante y encendí un cigarrillo. A continuación me dirigí hacia la jefatura de Policía.

—¿Sabes? —interpelé O'Rourke—. Tendrías que darme un nombramiento y una chapa.

El capitán levantó los ojos, y me miró desde su sillón. Supongo que mi facha en aquellos momentos



...y la inmediata acción que Fey le vio hacer...

debía de ser una preciosidad; apoyado en el marco de la puerta y goteándome sangre de la barbilla.

Al fin, el hombre gruñó:

—¿Qué demonios del infierno te ha sucedido ahora?

Pesadamente señalé con el pulgar hacia la calle.

—Si mandas un par de muchachos a mi coche, podrán recoger a un tipo que, en cierto modo, se ha confesado autor de un intento de asesinato —respondí.

Después que hubieron entrado a Roddy, depositándole en una camilla dentro de una celda muy pulcra, expliqué a O'Rourke cómo labia ocurrido la cosa. Al terminar mi relato, el policía tenía un aspecto grave.

—Esto no hace sino complicar aún más la situación de esa rubia con la que

te has liado —comentó—. Si Pretzel ha tratado de eliminarla para hacerse con el dinero de *Miss* Lightbody, parece razonable suponer que la chica despachó a la anciana señora por la misma causa.

—¡Pero si ella me asegura que su tía no le dejó nada en absoluto! —objete.

—Pues, por lo visto, Roddy Pretzel no debe sustentar esa opinión —repuso O'Rourke, secamente.

—Lo que haya podido hacer o pensar Roddy Pretzel, no importa nada —le dije yo, un tanto amoscado.

La verdad es que el caso empezaba a preocuparme. Me había embarcado por aquella buena pieza de Fey y no tenía otro remedio que afrontar las consecuencias. ¿Hasta qué punto podía haberme afectado ello en mi juicio? Intenté pensar desapasionadamente en la posibilidad de que Fey hubiese empujado a tía Carrie, echándola por la ventana. Por mi experiencia sabía con certeza que muchas damas son capaces de hacer cualquier cosa para obtener un buen fajo de billetes.

—Pronto lo sabremos —resumió O'Rourke—. Bolsover se ha apoderado del testamento de *Miss* Lightbody. No creo que tarde en llegar aquí.

Fumé ansiosamente un par de «Luckies» después de haberme lavado en el cuarto particular de O'Rourke. Luego llegó Sam Bolsover. Traía un documento en un sobre muy abultado, que entregó al capitán.

—Aquí está, capitán —dijo.

O'Rourke cogió el sobre, sacó el testamento y lo leyó de cabo a rabo en silencio. Era imposible leer sus reacciones, dada la expresión de su rostro impasible.

—Parece que la señorita esa queda al margen de este —opinó al final—. Y Roddy Pretzel, por lo visto, iba a lo suyo.

Eché una larga bocanada de humo, al tiempo que emitía un suspiro de alivio igualmente largo. Me habría fastidiado de verdad que la pobre Fey hubiese tenido que aguardar turno para la silla eléctrica.

—Este es un testamento reciente —prosiguió diciendo O'Rourke—. Fué echo a principios de este año. Dejando aparte unas pequeñas cantidades (Fey y Roddy logran un centenar de pavos por cabeza), la vieja señora deja toda su fortuna a algo llamado «Los Jardines de los Benditos».

—¿Eh? ¿Qué es esto? —pregunté yo.

O'Rourke se encogió de hombros.

—Esto es lo que aquí dice —contestó—. Debe de ser alguna de esas sociedades por las que se sienten chifladas las viejas damas, en cuanto empiezan a chochear.

—¿Y cuánto ha dejado a esos «Jardines de los Benditos»? —inquirí.

O'Rourke miró otra vez el documento, y lanzo una exclamación de pasmo.

—¡Canastos! —musite—. ¡La friolera de medio millón de pavos!

El estupor impuso un silencio prolongado. Fué Sam Bolsover quien lo rompió al decir:

—Eso no es nada; una vieja chiflada de Boston dejó una renta de medio millón al año a su gato favorito. A veces les da por ahí.

—La Ley debería impedir tales desatinos —sentenció O'Rourke—. ¡Con las cosas que yo haría con medio millón!

—Por de pronto, empezarías retirándote del Cuerpo —apunté yo—. ¡Y qué descansada quedaría Nueva Orleans!

El capitán levantó los ojos hacia mí.

—Bueno, vamos a ver, Drayton —dijo—. Desde luego, te necesitaremos

como testigo en ese lío de Roddy Pretzel.

—Seguro —repuse—. Y si tienes alguna dificultad en obtener la confesión de ese piojoso, no tienes más que decirle que yo estoy dispuesto a echarle por el pasamano de la escalera otra vez. Y ahora que me acuerdo: esto pertenece a ese caballero —eché encima de la mesa de O'Rourke, el algodón impregnado de cloroformo que le había sacado a Roddy Pretzel del bolsillo—. ¡Caramba! —exclamé, señalando un ángulo del pañuelo—. ¡Si lleva incluso sus iniciales!: «R. P.», si es que saben ustedes leer…

Salí a la calle, y me dirigí a un bar que había frente al edificio de Jefatura. Cogí el teléfono, y marqué el número de Fey.

—¡Hola! —contestóme una voz soñolienta.

—Puedes estar tranquila —aseguré—. Ha sido tu querido primo Roddy el que te ha visitado esta noche. Le he dado una paliza más que regular, y he entregado los restos a la policía.

—¡Eres una maravilla, querido! —replicó ella, halagadoramente—. ¿Así, ya puedo recibir visitas ahora?

—Solamente la mía —precisé, y colgué el aparato.

Terminé de beber, subí al coche, y me dirigí hacia la parte alta de la ciudad. Tenía que acabar la operación comenzada en el *Belvoir Arms*.

CAPÍTULO IV

Un par de semanas más tarde me encontraba en la oficina aporreando la máquina para hilvanar un artículo encabezado con: «¿Qué ha sido de…?» En él figuraban los nombres y actividades de algo así como una docena de personajes muy conocidos del mundo del crimen, que habían desaparecido hacía bastante tiempo de los lugares que solían frecuentar.

Yo estaba en situación de dar a la publicidad abundante información secreta sobre los doce: cuáles eran sus ocupaciones, quiénes eran sus amantes y otras zarandajas por el estilo. Y dejaba planteadas las preguntas: «¿Qué ha sido de esos rufianes? ¿Cómo es posible que Small Tora, «El Dip», no haya metido la mano en el bolsillo de un ciudadano decente durante las cuatro últimas semanas? ¿Dónde está «Canary» Joe, el carterista cantador? ¿Alguien ha visto a Kelly. «Slab Kelly», que trabajaba con el revólver para «Flash» Nick Barion? ¿Y qué le ha ocurrido a Bose Andrevitch? ¿A qué es debido que su facha jovial haya dejado de verse entre los apostadores de las carreras de caballos reunidos en el *Mandy's* o en el *Golden Bridley*?»

El artículo terminaba con una serie de signos de interrogación. Lo saqué de la máquina y lo di a un chico copista. Me recosté en la silla inclinándola hacia atrás, apoyé los pies encima de la mesa, encendí un «Lucky» y me puse a soñar despierto.

Aquella noche tenía una cita con Fey, como la había tenido casi todas las noches durante las dos últimas semanas. El pensar en aquel plato delicioso me

hizo apartar a relativa distancia de la mente todo le que se refería con Bose Andrevitch, sus amigos y sus problemas. En aquellos momentos, la chica era lo más importante de mi vida, y la música que interpretábamos los dos, era sublime.

Mi éxtasis fué interrumpido por Harley Weston, el gacetillero de las notas societarias, que aparcó el sombrero en mi mesa y se invitó a sí mismo a fumar de mi paquete.

—¿Qué tal andamos, Sherlock Holmes? —me preguntó—. ¿Cómo van los crímenes?

—Poca cosa —le contesté—. Y el chismorreo, ¿qué tal anda? —interrogué a mi vez.

—Hay mucha calma —admitió él—. No surge ningún escándalo. He pasado media tarde escribiendo una nota necrológica de una vieja distinguida que se olvidó de respirar.

—¿Quién era? —pregunté sin interés real, sólo para decir algo.

—Una vieja dama llamada Abigail Van Luwen. Ya la conocerías si te codeases entre personas decentes, en lugar de tener a polis por compañeros; a polis y golfos —replicó Harley.

—En general, prefiero esa clase de compañía a lo que tú llamas «Sociedad» —le espeté.

—Quizá tengas razón —admitió él—. Cuando menos, ésos tienen una sensación de realidad en lo que se refiere a la pasta.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté entonces.

Harley extendió las manos.

—Hombre —dijo—, ¿cuándo se ha dado el caso de un golfo de los tuyos que, al morir, deje su fortuna a una entidad rara llamada «Jardines de los Benditos?

Los tacones de mis zapatos dieron en el suelo con un fuerte chasquido.

—¿Abigail Van Luwen ha hecho eso? —pregunté.

—Seguro. ¿Y por qué te sorprende? ¡No me digas que aspirabas a beneficiarte de la herencia de los Van Luwen!…

—¿Cómo ha muerto esa dama? —inquirí.

—Ha sido muy triste —contestó—. Su doncella la encontró ahogada en el baño. Tenía un golpe en la nuca. El forense opinó que debía haber resbalado con el jabón, yendo a dar de cabeza con el borde de la bañera.

Medité unos instantes sobre esto. Luego, Harley Weston continuó:

—Otra cosa: ¿has oído hablar alguna vez de los diamantes de los Van Luwen?

—Claro que sí… Tienen mucho valor. ¿Quién se los lleva? —pregunté interesado.

—Pues, en cierto modo… los «Jardines de los Benditos» —repuso Harley.

—¿Qué tendrán esos «Jardines de los Benditos» de lo que a mí me gustaría tener? —interrogué—. ¿Sabes alguna cosa referente a ellos?

—Un poco —contestó Harley—. Es la última fantasía de «Los Diez Grandes».

—Una fantasía cara —comenté—. Vámonos a casa de Joe, y me contarás lo que sepas. Te invito a tomar un vaso.

—La cosa está así —empezó Harley, cuando hubimos tomado asiento codo a codo en el bar, con un alto vaso de *whisky* delante de cada uno de nosotros—. Los «Jardines de los Benditos» es una secta dirigida por un personaje que se llama a sí mismo Platón Vishna. Platón pretende haber muerto en cierta época del siglo pasado, y que resucitó milagrosamente diez años después… Algo que

se relaciona según él, con la electricidad estática. El período que medió entre la muerte y la resurrección, dice que lo pasó en el cielo.

—¿Eso es todo lo que pretende? —inquirí zumbón.

—Ni mucho menos —respondió Harley—. Pero ya sabes el punto flaco de esas viejas damas. Creen todo lo que se relacione con la muerte, por la que sienten verdadero pánico. Y claro, en cuanto un tío listo les habla de ello, le escuchan sin dejarse perder palabra.

—¿Y qué es lo que les dice ese vivales de marras… Plato y Otras Hierbas?

—Les asegura que el cielo es una nueva versión mejorada de la clase alta americana —manifestó Harley, con una sonrisilla—. Allí sólo van los ricos y las personas de refinamiento y, lo que es más interesante todavía: uno se lleva allí consigo todo lo que posee.

—¿Y hay alguien que se trague semejante bola? —le pregunté yo, con incredulidad.

—Ya lo creo —repuso Harley—. Ese es precisamente el acontecimiento que ellas bebían estado esperando. Un cielo realmente antidemocrático con todos los ángeles cargados de diamantes y abrigos de visón, y el Ángel de los Archivos cuidando del Registro Social.

—Estoy de acuerdo contigo hasta aquí —le dije, echando un largo trago de *whisky* como para curarme de toda racha de locura—. Continúa: ¿en qué consiste la tajada que Platón se queda del negocio ese?

—No es pequeña —replicó Harley, sucintamente—. Platón les dice a sus clientes que todo lo que tienen que hacer para ganarse el cielo de que les habla, es mostrar una generosidad verdaderamente maravillosa al morir. Con ello han de impresionar a los cancerberos en la Puerta de las Perlas. Él lo expone del modo siguiente: «Si a usted le invitasen a una recepción diplomática en Washington, no iría usted a ella en un simple traje de pana y cogiendo el tranvía. Así, pues, cuando a usted le llega la llamada para asistir a la recepción más solemne de todas, es cuestión de que se presente a ella con toda propiedad». Naturalmente, Platón lo expone de un modo mucho más fino y brillante. Yo te explico sólo el meollo de la cuestión.

—Comprendo, comprendo, Harley —dije—. Sigue; me está interesando la cosa.

—Perfectamente —prosiguió Harley—. Ya ves como Platón dirige esa organización de los «Jardines de los Benditos». En el fondo de la cuestión, si lo miras bien, no hay más que un negocio de pompas fúnebres muy lucrativo. Claro que está cubierto con tantos adornos y sutilezas, que queda muy bien disimulado. Él ser enterrado allí le cuesta a uno un billete de los grandes; luego siguen… los adornos.

—¿Y en qué consisten esos… adornos?

—Pues, para empezar, por lo visto Platón siempre logra convencer a esas tontas vejestorias, de la necesidad de legar una buena tajada de su fortuna a los «Jardines». Les dice que así se asegurarán una recepción mejor allí Arriba, toda vez que en el Registro Celestial quedará constancia de las buenas obras que los fieles hayan realizado en la tierra. Además se suele dejar también pasta para cuidar de las memorias en perpetuidad. Esto vale un pico. Y, finalmente, queda la menudencia de lo que se llevan encima los cadáveres mejor vestidos.

—Explícate mejor —pedí.

—Por ejemplo —concretó Harley—, *Mistress* Van Luwen ha sido enterrada con su último vestido de París, su abrigo de visón y los diamantes de lea Van Luwen. Nada menos.

Me llevé las manos a la cabeza, y exclamé horrorizado:

—¡No, no! ¡Eso no es posible! ¡Con lo magníficamente bien que le sentaría a mi Fey un abrigo de visón! Y los diamantes Van Luwen me asegurarían a mí el *whisky* hasta que me muriese de aburrimiento… ¡Y que todo eso se lo lleve esa dama a la tumba!

Harley movió la cabeza, asintiendo.

—Sí, para que se presente bien ataviada cuando llegue a ese Cielo de postín que Platón ha estado metiéndoles en la cabeza —dijo:

Yo me revolví en el taburete, para encararme con él.

—¡Oye! —le dije—. Se me derrite el corazón, dolorido ante la sensible pérdida de las joyas y del visón. Pero yo soy un ciudadano honrado; yo respeto la Ley. Y me duele en el rima notar, Harley, que otros ciudadanos de este pueblo no son tan honrados ni tan amantes de respetar la Ley. Algunos personajes que conozco, harán algo más que llorar por la pérdida de ese visón y diamantes. Creo que harán lo imposible para echar sus zarpas ansiosas encima del botín. ¿Quiénes están enterados de eso, Harley?

—Las honras fúnebres de *Mistress* Van Luwen constituyen el comentario de toda la población, Ricky. Me imagino que hasta el último ratero de joyas en Louisiana está al corriente.

Apuré el vaso, y me puse en pie.

—Muchas gracias por la información, Harley —le dije—. Si alguien desea saber mi paradero, puedes decirle que estoy rindiendo mi último tributo a *Mistress* Abigail Van Luwen.

Nunca me he sentido lo que podríamos decir avergonzado de mi descapotable, no obstante, alineado con los demás automóviles frente a los portales marmóreos de «Los Jardines de los Benditos», causaba la impresión de un «Ford» modelo T utilizado para las películas cómicas. Al lado de aquellos pulidos y despampanantes «Rolls Royce» y «Daimler», cada uno con un chofer de cara solemne al volante, el mío, cubierto de polvo, parecía un verdadero desecho. Pero no me amilané por ello. Paré ruidosamente, y me apeé. Un portero con pantalón a rayas, tieso como un poste en la entrada, me preguntó el nombre. Se lo dije, y el hombre anunció con voz de trueno, de cara a una inquieta multitud del interior:

—¡*Mister* Richard Drayton!

Una vieja señora de cara pálida y larga nariz, y pelo negro echado hacia atrás, corrió hacia mí, ofreciéndome una descarnada mano. Llevaba un vestido negro muy holgado, y los brazos le tintineaban de brazaletes y cadenas de oro. Cuando habló, noté que su voz era una octava más baja que la mía, y le vibraba de intensidad.

—¡Ah, *Mister* Drayton! —exclamó emocionada—. Abigail me pide que le diga está encentada de que haya asistido a nuestra pequeño tertulia.

—¿Que se lo pide, dice usted? —exclamé yo—. ¡No me diga!

La dama cerró sus parpados casi transparentes sobre unos ojos verdes prominentes y contestó:

—Estamos… *en contacto*; ¿comprende usted?

—¡Ah! —repliqué.

Y cogí un Martini» de una bandeja que llevaba un criado, dirigiéndome luego hacia el centro de la distinguida multitud. Nos encontrábamos en una especie de templo griego, con un gran número de columnas y estatuas. Unas fuentes de perfumadas aguas, iluminadas en color dejaban oír su canción cristalina en los rincones. La clase superior de la sociedad estaba allí representada principalmente por señoras de edad muy ricas, aunque algunas habían logrado arrastrar a su marido con ellas. Los caballeros fumaban

cigarrillos, sorbían copitas de licor y miraban al suelo, esforzándose por dar la impresión de que habían intentado asistir a una conferencia de los notarios, y habían terminado por accidente en aquella estrafalaria reunión. Y, además, descubrí un par de miembros en toda aquella asamblea que, como yo, nada tenían que ver con ella. Reconocí unas cuantas caras que cuadraban mejor en las casas de juego y *saloons* de los barrios bajos; personajes que se habían sentido atraídos a los «Jardines de los Benditos» por la fabulosa reputación de los diamantes de los Van Luwen.

La mayor parte de las conversaciones, al parecer, versaban sobre la señora Abigail Van Luwen y un personaje al que llamaban «El Uno». Me imaginé que «El Uno» debía de ser Platón Vishna. Las viejas caprichosas parecían estar realmente chifladas por el sujeto en cuestión.

Llevaba allí poco rato cuando sonó un golpe de gong muy hondo; todos los presentes dirigieron la mirada hacia el extremo de la sala. La dama que me había saludado estaba de pie en lo alto de un tramo de escaleras de mármol. Levantó los brazos en un gesto dramático, echó la cabeza atrás y declamó:

—¡Nuestra querida hermana Abigail aguarda con «El Uno» en los Salones del Crepúsculo para saludar y despedirse de sus amistades!

En la multitud hubo un murmullo de expectación, y se inició un movimiento general en dirección a las escaleras. Yo me dejé llevar por la corriente; ¡era cuestión de ver el espectáculo hasta el fin!

Los «Salones del Crepúsculo» eran algo digno de admirar. Consistían en una ancha columnata de mármol que se levantaba en un jardín bellamente cuidado, allí, las fuentes de colores resaltaban de nuevo, brillando en la penumbra a la luz de lámparas sumergidas colocadas debajo del agua. Entre las columnas revoloteaban y chillaban unos pájaros tropicales, y el blanco mármol despedía el perfume de las flores con que estaba rodeado.

Formamos una línea, y desfilamos a paso lento entre la hilera de columnas hasta el punto donde Abigail nos estaba aguardando. La dama reposaba en un ataúd del cristal más puro, rodeado de una gran abundancia de coronas y riquísimas cintas y flores multicolores. Y, en pie a su lado, un individuo rígido como una estatua de metal y, al parecer, totalmente desnudo.

Visto más de cerca observé que el sujeto llevaba una malla de acróbata de circo y todo su cuerpo aparecía teñido con purpurina. Unas lámparas hábilmente situadas hacían resaltar con su brillo los músculos de su torso espléndidamente desarrollado, sus pómulos enjutos y salientes y su frente despejada y majestuosa. Ostentaba una barba puntiaguda, cejas muy pobladas y una larga melena que se le derramaba sobre los hombros. Los cabellos también eran de oro; no puedo asegurar, sin embargo, si aquél era el color natural o un poco más de pintura. En sus labios carnosos se dibujaba una sonrisa torcida, arrogante, mientras contemplaba desde su aventajada posición, con ojos muy negros y brillantes, la procesión que desfilaba a sus pies. Las damas suspiraban al pasar por delante de él; no sé si por la emoción de versé por última vez cerca de su querida hermana Abigail, o por la sensación que les producía lograr un primer plano del soberbio ejemplar masculino que era «El Uno».

La querida hermana Abigail era algo que también quitaba el hipo, dicho sea de paso. Yacía en su ataúd de cristal con una serenísima sonrisa. Algún experto la había sometido a un tratamiento especial de belleza eterna. Llevaba la cara perfectamente maquillada, y de su cabellera bien peinada no había ni uno de los pelos blancoazulados fuera de sitio.

Sobre su vestido de noche negro, con sus sandalias de oro, llevaba un abrigo de visón que bien debía valer sus buenos cincuenta billetes de a mil. Y luego

tenían los diamantes Van Luwen. Diadema, collar, broches, brazaletes, pendientes, todo el juego completo. Seguro que en total debía de sumar cincuenta «grandes» más. Poco acostumbrado a ver una tan gran cantidad de pasta reunida, quedé con la boca abierta y viendo visiones, inmóvil como una estatua.

Pero me di cuenta de que alguien estaba mirando a mi lado con la misma intensidad que lo hacía yo. ¿Y quiénes tenían que ser, sino una pareja de viejos compadres? Un poco retirados en la hilera, con sus negros ojos a punto de saltarles de las órbitas con la codicia, estaban «Flash» Nick Barion y… nada menos que aquella columna de virtudes cívicas, el «Senador», Grant Rumbold, a pocos pasos delante de mí.

Ya les he presentado al «Senador». En cuanto a Barion, creo que de momento bastará con decir que era uno de los principales personajes de Nueva Orleans en el negocio de diamantes robados, además de otras ocupaciones similares, y el que disputaba al «Senador» el título de Rey del mundo del crimen. «Flash» Nick y «El Senador» se querían como dos gallos que se disputaban la posesión del mismo estercolero.

Las cosas prometían ponerse interesantes, pensaba yo mientras pasaba por delante de los músculos centelleantes de Platón Vishna. Iba obscureciendo rápidamente y en el aire había un temblor de frío nocturno, aunque «El Uno» no parecía sentirlo en absoluto. Seguramente que las cosas pequeñas como éstas no le afectan para nada a un tipo que ha muerto hace años y que se encuentra en este mundo solamente de visita.

Al parecer, la fila de concurrentes daba la vuelta en un círculo por el jardín, y regresaba al salón principal. Yo me detuve para atarme un cordón del zapato, que no se me había desabrochado, y aproveché la oportunidad para meterme entre un matorral de magnolias. Y allí me quedé acurrucado hasta que el jardín quedó desierto, excepto por «El Uno», los pájaros tropicales y yo… y Abigail Van Luwen, dejando aparte los cien mil dólares en pieles de visón y diamantes.

Desde mi escondite vi cómo Platón Vishna descendía de su pedestal. Dirigiéndose a la multitud que le miraba boquiabierta desde los ventanales del edificio principal, el personaje saludó en la dirección de los cuatro puntos cardinales, hizo una señal sobre el ataúd y luego, mientras él levantaba la mano, descendió de lo alto de las columnas una caja de ébano sujeta con cordones de seda, que se colocó sobre el ataúd cubriéndole completamente a la vista. A continuación. Vishna se volvió, y dirigióse al edificio por una puerta particular.

Las luces se apagaron bajo el agua de las fuentes, y el rumor cristalino se hizo más suave. Gradualmente, la multitud empezó a dispersarse; a mis oídos llegaba el runruneo de los brillantes coches que se alejaban suavemente. En el obscuro jardín quedaba yo sólo con los pájaros tropicales y *Mistress* Van Luwen.

Se me ocurrió entonces pensar lo extraño que era que aquellos pájaros permaneciesen allí. Oía muy bien su piar soñoliento mientras se acomodaban en los salientes de las columnas, y me preguntaba por qué no se iban hacia otro lado. Levanté los ojos y me di cuenta de lo que les retenía allí: una amplia y alta cúpula de tela metálica que encerraba toda la anchura del jardín. Si les acólitos del «Senador» o los de Barion no estaban escondidos en el jardín como yo, no les sería nada fácil penetrar en el recinto para aligerar a la vieja dama de sus valiosas joyas. Pero algo me decía que los muchachos lo intentarían. Me preguntaba cuál de los dos equipos llegaría el primero. Estaba tan interesado en ver lo que iba a ocurrir, que apenas me daba cuenta de la incomodidad que suponía estar agachado bajo las magnolias, mientras la luna llena se elevaba, resbalando por un cielo aterciopelado.

CAPÍTULO V

La primera señal que tuve de que algo se movía por allí, me la dieron los pájaros al agitarse en sus perchas chirriando indignados contra alguien que perturbaba su reposo. Levanté los ojos y vi cuatro siluetas que se perfilaban en lo alto de la pared de ladrillo que rodeaba el jardín. Una de las figuras sacó una cizalla y empezó a cortar el alambre. Después que hubo trabajado un rato, cayó en el jardín un trozo triangular de regular tamaño de la tela metálica. Un pájaro que piaba con voz soñolienta se lanzó vacilando por la abertura, sumergiéndose en la amplia libertad del cielo. A continuación, los cuatro personajes fueron pasando uno tras otro en dirección contraria a la del pájaro, dejándose caer silenciosamente sobre el mullido césped. Tres de ellos miraban hacia el otro, como aguardando órdenes. A la luz de la luna reconocí la facha de «Flash» Nick Barion. ¡El *Wop* (3) le había ganado esta vez la delantera a su rival, el «Senador»!

Después de un cambio de impresiones en voz baja, los cuatro individuos se reunieron alrededor del ataúd protegido por la cubierta de ébano. Observé cómo los cuatro empleaban toda su fuerza para levantar la recia tapa de madera que había descendido encima de aquél, pero la tapa no cedía. Entonces empujaron de lado y el túmulo formado por la caja de ébano y el ataúd de cristal, empezó a deslizarse fuera del pedestal. Dos de ellos aplicaron un hombro debajo de la caja, y la levantaron un poco. Al fin lograron apartarlo del pedestal, y los cuatro bribones cargaron con el ataúd a hombros, al estilo de los empleados de pompas fúnebres en un entierro de la parte señorial de la ciudad. Con paso mesurado volvieron a cruzar el césped hasta el punto por donde habían entrado. Allí levantaron en vilo la larga caja, hasta dejarla apoyada por un extremo sobre el muro. Dos de los sujetos se encaramaron en él y tiraron del ataúd hasta que quedó equilibrado en lo alto. A continuación, los otros dos saltaron al lado opuesto, y luego, los restos mortales de *Mistress* Van Luwen, y no digamos que los menos mortales abrigo de visón y los diamantes, deslizáronse suavemente hacia fuera de los «Jardines de los Benditos».

Les di un par de minutos de ventaja y seguí su camino. Agazapado como un gato de tejados en lo alto del muro, llegué justamente a tiempo de ver la parte trasera del ataúd metida en una furgoneta. Los cacos subieron al coche y éste emprendió la marcha con un arranque veloz.

De un brinco me planté al otro lado de la calle donde tenía mi convertible y emprendí su persecución. La furgoneta se dirigía hacia el centro de la ciudad a una velocidad que batía todas las marcas urbanas. Atravesamos una barriada tranquila, poco poblada, cuando me di cuenta súbitamente de que debía marchar demasiado cerca de la cola de Nick, puesto que brotó una llamarada de la parte trasera de la furgoneta, y oí el chasquido de una bala clavarse en el guardabarro delantero de mi descapotable. «Bien, si lo queréis así… —pensé— por mí no hay inconveniente alguno en que así sea». Me agaché tras el volante hasta asomar la cabeza lo más imprescindible para poder conducir y apreté el acelerador aumentando notablemente la velocidad del coche. Al mismo tiempo eché mano al revólver que llevaba en la funda del sobaco. Mandé una bala por la ventanilla hacia la parte trasera de la furgoneta, y me agaché más ante la racha de plomo que venía de enfrente.

En aquellos instante entrábamos en una zona densamente edificada y, como en mutuo acuerdo, cesó el fuego y toda la atención quedó concentrada en un primoroso manejo de volantes avanzando a gran velocidad por calles estrechas y virando en curvas que formaban ángulo recto. «Flash» Nick manejaba la

formidable furgoneta con su motor de ocho cilindros como si fuese una bicicleta de un muchacho de recados.

Al fin pareció que se daba cuenta de ello y, cuando cruzábamos una calle tranquila y obscura, sus muchachos pusieron otra vez en juego su artillería. Fué un bonito tiroteo; el parabrisas quedó hecho añicos alrededor de mi cabeza. Me zambullí todavía más y abrí una rendija la portezuela, asomándome por el lado y apoyando casi todo el cuerpo en el estribo. La postura no era nada cómoda pero para disparar iba magníficamente bien. Metí una bala en una de las ventanillas de la furgoneta, y observé cómo desaparecía hacia abajo, instantáneamente, la cabeza de uno de los granujas, como si hubiese sido un pato de arcilla en un barracón de tiro de feria. Mi próxima bala iba destinada al neumático trasero izquierdo del coche de Nick. El pinchazo fué perfecto y ruidoso. El vehículo dió un terrible bandazo de una a otra acera y se paró con un chirrido de frenos. Apreté a mi vez el pedal de freno, y antes que el agudo chirrido de los neumáticos de mi descapotable se hubiese apagado, los rufianes se habían apeado, tomando posiciones tras la furgoneta y en los portales de las casas Todavía parapetado tras mi motor, recibí una lluvia de balas.

Pensé entonces que esta vez no había sido demasiado prudente. Había obligado a Barion y a sus satélites a pararse, de modo que ahora mi problema para conservar la cabeza sobre los hombros era de lo más peliagudo. Me encontraba en la situación del individuo que grita: «¡He cazado un oso… y no me deje marchar!»

Intenté virar el coche por completo, pero antes que tuviese tiempo de aplicar el pie en el embrague, uno de los individuos había abierto ya la portezuela de mi coche y me cogía por el cuello con un puño enorme. Le hundí uno de los míos en el vientre, pero como vi el cañón de su revólver apuntado exactamente entre mis ojos, me hizo parpadear, inmovilizándome por unos instantes. Inmediatamente entraron en acción sus camaradas, que contribuyeron a la carrera de armamentos apuntándome desde la acera, con lo que me di cuenta de lo inútil de mis esfuerzos y solté mi cacharro, que sonó en la calzada.

—No gastéis pólvora —les dije entonces—. Estoy a vuestra disposición.

Nick Barion gritó desde la furgoneta:

—¡Échale dentro, Mugsy!

Estábamos frente a una vieja casa de piedra gris. Por lo visto había reventado el neumático del coche de Nick cuando llegaba a casa, en resumidas cuentas. Mugsy aplicó el cañón de su cacharro, con fuerza a todas luces innecesaria, en mi espinazo y me ordenó:

—¡Adelante *mister*!

Subí las escaleras que llevaban a la puerta de entrada el edificio, y me encontré en un pasillo débilmente iluminado. Barion y sus otros dos acólitos siguieron detrás, con el ataúd. Mugsy abrió una puerta a la izquierda del corredor, y me empujó por ella. Los otros entraron a continuación. Mugsy buscó a Nick con la mirada.

—¿Le agujereamos el pellejo ahora mismo a este piojoso? —le preguntó.

—Todavía no —repuso Nick—. Dejarías la alfombra hecha un asco. Aguarda hasta que hayamos abierto el ataúd: entonces le podéis meter en él junto a la vieja, y le despacháis allí.

—¡Magnífica idea! —exclamé yo—. Siempre he deseado morir en un ataúd… ¡Parece una cosa tan apropiada!

Nick hizo brillar sus blancos dientes debajo de su negro mostacho.

—¡Pues verás cumplido tu deseo, mequetrefe! —apostrofó—. ¡No te preocupes!

Mientras Mugsy continuaba con el cañón del revólver hundido en mis costillas, los otros procedieron a levantar la tapa del ataúd.

Por lo visto, había una especie de cerradura que la mantenía fija, porque estuvieron varios minutos forcejeando. Al fin la hicieron saltar. Los operadores se apartaron respetuosamente, mientras Nick se disponía a meter mano en el botín.

—Este es un momento solemne, amigos —dijo—. Dentro de esta caja hay parné suficiente para podernos retirar y vivir en Florida durante el resto de nuestra vida natural.

—Yo me voy a comprar un pequeño *saloon*, y me estableceré de una vez —comentó uno de los rufianes.

—Yo prefiero un yate… con una tripulación completa —manifestó otro.

—Yo siempre he deseado ser empresario de una compañía de comedias —declaró Mugsy.

Nick puso fin a las divagaciones, diciendo:

—Roma, París, Nueva York, Bermudas… Este es mi itinerario.

Y levantó la tapa.

El ataúd estaba vacío.

En el silencio que el estupor produjo a continuación, yo hice el siguiente comentario:

—Esto ha sido un sueño más, amigazos.

Mugsy blandió su cacharro hasta acercar el cañón a un par de breves centímetros de mi nariz.

—¡Tú tienes algo que ver con eso, canalla! —gritó—. ¡Déjame que le acribille ahora mismo, Nick!

—¿Qué sabes tú de todo esto? —me preguntó Nick, con la cara muy pálida.

—Solamente lo que te voy a decir —ofrecí—. Estuve espiando ese ataúd desde el instante en que la procesión se terminó, por la tarde. Vi bajar la cubierta de ébano y tengo la absoluta seguridad de que nadie se acercó al pedestal hasta que aparecisteis vosotros. Desde luego, ahora comprendo que la base en que se apoyaba el ataúd, debía de tener un doble fondo, como los chismes que utilizan los prestidigitadores en el escenario. Al bajar la tapa de madera, Abigail debía de hundirse hacia abajo con toda su deslumbradora fortuna. Si quieres que te diga mi opinión, te diré qué creo que Mr. Platón Vishna debe de estar desternillándose de risa en estos instantes. Claro, ahora podrá demostrar que hubo robo del ataúd esta noche, y tú no podrás probar nunca que la caja estaba vacía cuando te has apoderado de él. Así la poli se echará encima de ti, Nick, mientras «El Uno» tiene la zarpa encima del visón y los diamantes. A mi modo de ver, ese Vishna es un tío con toda la barba…

A Mugsy evidentemente le aguijoneaba el deseo de apretar el galillo. Tuve que dar toda la apariencia de sinceridad a mis palabras viendo tan cerca de mi facha aquella boca de cañón que me estaba haciendo muecas.

—¡Que Vishna ni qué rábanos! —exclamó el matón—. Aquí el lío vivo es éste. Nick. ¡Déjame que le despache de una vez.

—¡Aparta ese cacharro ya, imbécil! —conminó Nick, en tono tajante.

Mugsy obedeció entre indignado e intrigado, pero hizo lo que se le ordenaba.

—Lo que has dicho parece lógico —prosiguió diciendo el jefe de la banda—. Pero te olvidas de una cosa.

—¿Qué? —pregunté.

—Hay un fulano que puede probar que el ataúd estaba vacío cuando lo hemos abierto… ¡Tú! —afirmó, con cierto aire de triunfo.

—Es verdad —asentí—, pero si estoy muerto no podré demostrar nada.

Nick meneó la cabeza.

—También en esto tienes razón —admitió—. No, no morirás. Por ahí te salvas. Pero acuérdate de lo que te voy a decir: si llego a tener necesidad de ti para salir de este jaleo y no acudes a mi llamada, ten la absoluta certeza de que te echaré las manos encima aunque tenga que seguirte hasta el mismo infierno. No lo olvides.

—Escúchame, Nick —repuse—. Dentro del mundo del hampa, tú eres un muchacho excelente. Yo no permitiré nunca que pagues los platos rotos por culpa de Vishna. Y tengo demasiado caletre para atreverme a traicionarte.

—De todos modos —insistió Nick— creo que será mejor que no te alejes de nuestro lado hasta que veamos cómo se enfoca el asunto.

Observé que en las manos de Nick había un cacharro también, apuntando hacia mí; pero en cierto modo, su actitud era amistosa.

—Perfectamente —resumió. Y se sentó en una silla, encendiendo un cigarrillo.

De pronto la calle se llenó de ruido. El potente roncar de un coche se acercaba por momentos. Luego sonó el seco tableteo de un fusil ametrallador. Una hendidura se formó en la ventana, de izquierda a derecha, y una línea de impactos de bala quedó dibujada en la pared del otro lado. Nick y sus compinches se agacharon por debajo de la línea de la ventana al tiempo que echaban mano a sus cacharros. El rugiente motor fué alejándose y perdiendo intensidad, hasta que pudo oírse otro que se acercaba por la misma dirección.

—¡Ahí viene la segunda racha! —exclamó Nick, apretando los dientes.

—Esta vez les recibiremos como es debido —masculló Mugsy.

Incorporándose un poco levantó el voluminoso revólver que empuñaba, y apartó la cortina destrozada sacando el cañón por la ventana

El coche roncó a la altura del edificio, y Mugsy disparó dos veces. La réplica del exterior no se hizo esperar: fué una verdadera granizada de balas. Alguna debía de haber alcanzado a Mugsy, puesto que se dobló y desplomóse instantáneamente en el suelo.

—¡Que ninguno mueva ni un dedo siquiera! —gritó Nick—. Esos niños quieren dar guerra… sean quienes sean.

—Yo diría que se trata de la cuadrilla del «Senador» —sugerí, desde detrás del respaldo de un sillón donde me había parapetado al empezar el zafarrancho —. He podido ver esta noche que tenía los ojos puestos sobre el botín de Vishna, pero por lo visto ha llegado tarde. Seguramente os ha seguido desde la guarida del Vishna…

Me cortaron la voz tres detonaciones, nítidas, claras, que venían de enfrente. Acto seguido se oyó el ruido de madera astillándose bajo la presión de unos hombros que empujaban en la puerta de entrada, después que la cerradura había saltado con los tiros.

Nick y los dos satélites que le quedaban se lanzaron a lo largo del pasillo con el revólver amartillado, perfectamente agazapados. La puerta se abrió de par en par, y aparecieron cuatro matones corpulentos. Reconocí en seguida que se trataba de los chicos del «Senador» aunque, como de costumbre, el viejo iba a una distancia de seguridad detrás de la línea de fuego. Los visitantes se pararon bruscamente a unas pesas yardas en el interior del pasillo y giraron sobre sus talones. Por una tensa fracción de segundo, las dos cuadrillas se encararon violentamente. Luego la casa se llenó de humo de pólvora y del techo empezaron a llover trozos de yeso a medida que los siete cacharros disparaban. Otro de los muchachos de Nick se desplomó al suelo, con un enorme chorro de sangre brotándole de la garganta. Tres de los miembros de la tropa del «Senador» se retorcían sobre la alfombra. Una nueva descarga de la

artillería de bolsillo, y el cuarto hombre del «Senador» fué a unirse con sus camaradas. El último acólito de Nick se llevó la mano a un hombro sangrante.

Hubo un momento de profundo silencio. Luego Nick habló:

—¡Rápido, Charlie, arriba! ¡En el dormitorio delantero hay un fusil ametrallador y dos rifles!

Se lanzaron por el corredor, y pude oír sus rápidas pisadas al subir las escaleras en el preciso instante en que una nueva cuadrilla de hombre, del «Senador» entraba por la puerta frontal. Se oyó otra salva de revólveres, pero no tuve ocasión de ver a qué blanco se dirigían, yo estaba tendido en una pequeña habitación, junto con cinco fiambres. Cinco; los había contado.

Me apoderé del cacharro del que tenía más cerca de mí cuando los secuaces del «Senador» se dirigían a toda máquina hacia las escaleras por donde habían desaparecido Nick y Charlie. Dos de ellos se separaron del grupo para echar una ojeada a la habitación donde yo me encontraba. Desde detrás del respaldo de mi sillón favorito les dejé mirar cuanto quisieran, sin que ellos me llegasen a ver. A continuación, salté por la ventana. Cuando aterrizaba en la acera, oí el revólver de Nick, que debía de estar levantando una barrera de muertos en el primer rellano.

Detrás mismo de la furgoneta de Nick y de mi descapotable, había un turismo grande, de color negro. Un individuo estaba con medio cuerpo metido en el turismo para sacar un fusil ametrallador que había en el compartimiento posterior. Le disparé un balazo al trasero de sus pantalones, y me eché a correr como un rayo hacia el volante de mi descapotable. El motor se puso en marcha instantáneamente y lancé el vehículo calle abajo. Tenía la vaga impresión de que aquella barriada era mala para mi salud. Nadie que no sea un loco desea mezclarse en un fregado de tiros iniciado entre dos cuadrillas de *gánsteres*, cuando la cosa se ha puesto realmente seria. Y yo me creía todavía bastante cuerdo para ahuecar el ala, toda vez que la suerte me invitaba a ello tan amablemente.

Parado a un par de centenares de yardas lejos de allí, vi otro automóvil: era, sin duda alguna, el que había servido para mandar la primera rociada de balas sobre la guarida de la tropa de Nick. Apreté el acelerador al pasar frente a él. Sonó un disparo de revólver en el interior del coche parado, y el sombrero me fué arrebatado de la cabeza. Oí cómo el automóvil se ponía en marcha bruscamente, detrás de mí. Eché una mirada hacia delante para poder volverme en el asiento y disparé contra mi perseguidor. Después del tiro, continuaba persiguiéndome.

CAPÍTULO VI

La próxima esquina la pasé con el coche apoyado sobre dos ruedas y menos mal que siguió un trecho recto a continuación. Bajaba por una calle lateral que, más adelante, aparecía cruzada por la doble hilera de luces de una avenida. Pisé el gas a fondo y clavé los dedos en el volante. Un tranvía se interpuso en mi camino en un cruce; me llevé un trozo de pintura de su parte delantera y fué

una suerte, puesto que mi perseguidor tuvo que aguardar a que el pesado y lento armatoste acabase de cruzar la calle con su ruido de chatarra.

En la lejanía pude oír los silbatos de la policía, y el aullido creciente de las sirenas de alarma. A un par de bloques enfrente, se levantaba la blanca mole de piedra del *Belvoir Arms*. De pronto me sentí algo cansado de volante, de tiros y saltar por las ventanas. De un golpe de volante doblé una esquina y bajé por una callejuela que conducía hasta el aparcamiento subterráneo del *Belvoir*. Introduje el coche, lo dejé allí, y salí a la calle para echar una mirada atrás. Al parecer, había logrado desembarazarme de mi perseguidor.

Me sacudí el polvo y me dirigí hacia el ascensor. Llegué al piso 25 y pulsé el timbre del apartamento de Fey. Esta abrió la puerta. Iba con un pijama de seda negro y zapatillas. Era el espectáculo más hermoso que veía desde hacía varias horas. Pero pronto tuve ocasión de observar que su rostro anunciaba una tempestad.

—¡Ah, eres tú! —fué el saludo—. Teníamos cita… ¿no te acuerdas?

Me di una palmada en la frente.

—¡Perdóname, vida! —le dije—. Estuve en un trabajo de urgencia. Acabo de salir de un fregado de tiros de los de órdago.

La sombría expresión de su rostro se transformó inmediatamente, reflejando su preocupación. Me cogió del brazo y tiró de mí hacia dentro… ¡como si yo hubiese tenido necesidad de que me condujera!

—¿Estás herido? —me preguntó con ansiedad y en un tono de voz temblorosa.

—Ha de ser algo serio lo que me ocurra, para que un buen trago no me deje como nuevo —contesté.

Fey me sirvió inmediatamente un vaso de *whisky*. Luego me dió un cigarrillo, me hizo sentar en un sillón y ella se acurrucó a su vez encima de mis rodillas.

—Ahora explícame todo —recabó.

Le conté lo ocurrido desde que me separé de ella.

—Espero que tu tía Carrie no haya ido a parar a un enterrador demasiado amable —concluí.

—¡Pobre tía Carrie! —suspiró Fey—. No puedo pensar siquiera que ese sujeto Vishna pudiese estar despojándola ni aun después de muerta. Y tampoco siento demasiada simpatía por esa chiflada de Van Luwen… ¡La vieja cursi idiota!

—Tienes razón, querida —le dije—. Y ahora, niña mía, haz el favor de desalojar mis rodillas y dejarme llamar a mi oficina. La pequeña tertulia de esta noche es material de primera página. Y creo que ha de poner en un verdadero aprieto a Mr. Platón Vishna.

Fey saltó de mis rodillas y yo me acerqué al teléfono. Había marcado las dos primeras cifras, cuando se abrió la puerta del dormitorio de Fey, y se asomó la boca de un cañón muy mono. Tras el revólver siguieron las 78 pulgadas de un hombre, cada una de ellas, al parecer, sólido y magnífico músculo. El individuo habló sin que diese la impresión de abrir en lo más mínimo su boca de trampa para cazar ratones.

—¡Deja quieto el teléfono! —ordenó.

—Como usted guste —repliqué, dejando el auricular encima de la mesa.

Pero con el mismo gesto cogí rápidamente la mesita y se la arrojé a la cara junto con el teléfono. Me agaché entonces tras el sillón, justamente a tiempo de desviarme de una bala que me mandó su revólver con un chasquido que ya me era demasiado familiar para impresionarme. No noté ningún dolor, de lo que deduje que mi proyectil de teléfono y mueble había sido efectivo al privarle de

la puntería. A continuación salí de detrás del sillón y me lancé sobre las piernas del individuo derribándole hacia atrás y haciéndole dar de cabeza contra la pared. Pero, por lo visto, el golpe causó más desperfectos en la pared que en el cráneo del gigantesco personaje. Cuando me agazapé encima de él, una manaza como un racimo de plátanos se cerró en torno a mi cuello. Mis esfuerzos iban principalmente dirigidos a mantener siempre apuntado su revólver a cualquier sitio menos a mí. Fey contribuía en su medida a desconcertar a mi rival con sus chillidos histéricos, pero en aquellos instantes no me ayudaba demasiado con ello. Poco a poco, con terrible lentitud, iba torciéndole la muñeca del revólver hacia el antebrazo, mientras los dedos iban soltando uno tras otro la culata del arma. De pronto estalló una detonación como un trueno en mis oídos; la visión empezó a faltarme, y tuve la sensación de que me estaban oprimiendo los pulmones con un corsé de hierro candente.

Todo parecía ocurrir como en cámara lenta, mientras notaba que iba perdiendo las fuerzas y los sentidos. No pude ya continuar la presión sobre aquella muñeca temible. Noté cómo iba enderezándose bajo mi débil agarro hasta que, finalmente, quedó libre de una sacudida enérgica. Al soltar la muñeca llevé las manos, demasiado tarde, sobre los dedos que me estaban cortando la respiración cerrados en mi cuello. Eran unos dedos que parecían de acero. El problema era serio de verdad. De pronto, la culata del revólver entró en contacto violento con mi parietal, y ya no tuve ningún problema más.

***

Lo primero que vi al despertarme fueron las piernas de Fey. Por eso pensé que valía la pena morirse para poder despertar ante semejante visión. Pero en seguida empecé a sentir que la cabeza me retumbaba con los latidos de las venas y comprendí que me encontraba todavía de lleno en este mundo con todas sus miserias. La cabeza me producía la sensación de que me la arrancaban cuando la movía con demasiada rapidez; por eso volví apoyarla en el suelo, y aproveché para ver si había algo más de Fey. En efecto, si había. La muchacha estaba tendida a mi lado sobre la alfombra, hecha también una calamidad. Su dorada cabellera estaba esparcida por el rostro; el pijama lo tenía adherido a la carne hecho jirones, y tenía las muñecas y los tobillos atados con una cuerda. En la boca le habían embutido una funda de cojín a manera de mordaza. Sus grandes ojos grises estaban abiertos, y me miraban con aire suplicante. Traté de levantarme para acudir en su ayuda, y fué entonces cuando descubrí que, también yo, estaba atado con cuerdas.

Las primeras convulsiones para intentar incorporarme, me habían mareado un poco. Cerré los ojos, y me esforcé en analizar la situación con calma y razonablemente. Al fin decidí el camino a seguir. Con toda la gracia y la soltura de un pulpo extraviado, rodé por el suelo hasta colocarme al otro lado de Fey. El canalla no había creído necesario ponerme mordaza a mí, de modo que pude utilizar los dientes para librar a Fey de las amarras de las muñecas. La tarea era dura, y los frecuentes tirones que había que dar con la cabeza, no mejoraban precisamente mi delicado estado. Al fin logré romper la última cuerda, y sus manos quedaron libres.

—Ahora desátame tú las piernas y todo lo demás —le dije.

Ella se sentó rígidamente, acariciándose las magulladas muñecas y puso manos a la obra inmediatamente. Al cabo de cinco minutos estábamos los dos sentados en el suelo, mirándonos uno a otro con cara de consternación.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

—En el preciso instante que aquel rufián te derribaba, yo intentaba salir

para telefonear a la policía —explicó Fey—. Pero él me lo impidió. Se lanzó encima de mí, y forcejeamos. Claro está, como era tan grande, me tocaron las de perder; al fin me amarró y amordazó, dejándome tendida a tu lado y escapándose a continuación.

—¿Solamente eso? —interrogué mirando su ropa hecha jirones—. ¿A qué vino, pues, aquí?

Eché una mirada a mi alrededor. Aparte de las señales de pelea, todo lo demás estaba en orden. Ni parecía que el robo hubiese sido precisamente el objeto de la visita.

—No sé —respondió Fey—. Supongo habrá entrado por la ventana del dormitorio, sirviéndose de la chimenea.

—Sí —murmuré yo, levantándome y apartando la cortina de la ventana, de modo que entró un rayo de sol que me cegó momentáneamente—. ¡Mira qué día más hermoso! —exclamé.

—¡No me digas! —gimió Fey—. ¡Toda la noche tendida aquí, aguardando a que tú despertaras! Oye, ¿no te ha dicho nadie que roncas?

—Sólo cuando me han aporreado en la cabeza, vida mía —repliqué—. No te desanimes por eso.

—En estos momentos creo que un vaso de Java no nos sentaría del todo mal; ¿no te parece? —propuso Fey, con aquel maravilloso instinto femenino encaminado a atender a los detalles domésticos capaces de poner las cosas en su sitio—. No sé si habrá llegado la leche.

A continuación abrió la puerta del apartamento y regresó con una botella de leche y el diario de la mañana. Me arrojó el papel a mí y me dijo:

—Echa una ojeada a los titulares, mientras preparo un poco de café.

Desplegué el periódico. En la primera plana leí los siguientes titulares:

«BATALLA ENTRE «GANGSTERS» EN LOS BARRIOS BAJOS»

Seguía una descripción, según la cual, al final, intervinieron los policías, precisamente, por lo visto, poco después de haberme escabullido yo. En cuanto los *gangsters* oyeron el primer toque de sirena, abandonaron el edificio dejando en él a sus muertos. La lista de bajas era impresionante. Al leerla, deduje que Nick Barion había perdido dos de sus secuaces, y «El Senador» siete de los suyos. Nick, al parecer, había salido derrotado. El periódico nada decía de que se hubiese encontrado ningún ataúd en la casa, lo que me hizo pensar que los adláteres del «Senador» se lo debieron de llevar consigo al huir… para encontrarse luego también con que estaba vacío.

Otros titulares, casi del mismo tamaño de los anteriores, abrían el relato del sensacional robo de un cadáver efectuado en los «Jardines de los Benditos», por ladrones desconocidos. Al leer un resumen de declaraciones hechas por el indignado y dolorido Platón Vishna, me di cuenta de las razones que existían para dejarme sin sentido de un porrazo aquella noche. Había que impedirme que revelase que el cuerpo de Mr. Van Luwen no salió siquiera de los «Jardines». No había sido necesario liquidarme definitivamente; sólo tenerme quieto hasta que el diario se hubiese ido a dormir. Así Platón había presentado la denuncia de que el ataúd había desaparecido, y sin duda había hecho los preparativos necesarios para ocultarlo ante una investigación a fondo de la policía. ¿Quién tiene mejores medios para disponer de cuerpos innecesarios y molestos que el propietario de un cementerio particular?

Fey llegó con el Java en una bandeja. Se había quitado los restos del pijama, y ahora iba con una bata muy mona que favorecía enormemente su esbelta figura. También tenía la cara lavada. Al contemplarla, no pude evitar pensar

que sería muy delicioso tener a Fey trayéndome el café cada mañana de un modo definitivo. Luego pensé en otra cosa y me hizo reír, aunque un tanto tristemente.

—¿Qué te hace reír, burlón? —preguntóme Fey cariñosamente.

—Esta es la segunda vez que vengo de visita de noche a tu apartamento —dije—. La primera vez tú estuviste a punto de asfixiarte con el gas; ahora, yo he recibido un porrazo en la cabeza a cargo de uno de los satélites de Vishna. ¡Empiezo a creer que tú y yo no estamos hechos uno para el otro, después de todo!

—No te preocupes —repuso ella—. Esto lo superaremos algún día. Ya recobraremos el tiempo perdido.

—Pero no ahora. ¡Tengo que llegarme a la oficina corriendo y presentar excusas por no haber entregado ni una línea, cuando ha habido en una sola noche nada menos que una batalla entre *gangsters* y un robo de cadáveres! —exclamé desesperado.

***

No me costó poco trabajo convencer a Reagan. El hombre parecía inclinado a creer la disparatada idea de que yo había pasado la noche con una borrachera o al lado de una rubia. Oyendo a mi jefe, cualquiera creería que yo soy un tipo insustancial y corrompido por el vicio. Claro que, en realidad, con una rubia había pasado la noche, aunque si le hubiese contado a Reagan la inutilidad de tal compañía, debido a que los dos estábamos amarrados, y yo, transitoriamente, en el otro mundo, es más que seguro que el déspota de mi jefe no me habría creído.

—De todas maneras, aquí tienes el material —le dije—. La batalla de anoche fue por la posesión del ataúd que sacaron por la cerca de los «Jardines de los Benditos». Yo diría que en estos momentos el que posee el ataúd (y que desearía no tenerlo) es «El Senador».

—¿Y por qué no habría de desearlo, después que ha sostenido una verdadera batalla campal para hacerse con él? —preguntó Reagan.

—Porque estaba vacío —expliqué—. Estaba vacío cuando se desarrollaba el fregado, y lo estaba ya cuando lo robaron para despojar al cadáver de las joyas y el abrigo de visón.

Reagan esparció jugo de tabaco hasta la mitad de la sala de redacción.

—Esta teoría es la mar de bonita, Drayton —comentó—. La lástima es que el periódico no lo podemos vender a base de teorías. ¿Cómo te propones dar veracidad a ese cuento?

La lástima era que, en realidad, no tenía yo la respuesta a la pregunta.

En aquel momento, entró de estampida en la sala un joven reportero, que llegaba jadeando y con los ojos saliéndole de las órbitas a causa de su excitación.

—¡Canastos! —exclamó—. ¿Sabéis lo de esa dama Van Luwen que fué robada de los «Jardines de los Benditos»?

—Sí. ¿Qué hay de nuevo sobre ella? —preguntamos al unísono Reagan y yo.

—¡La policía acaba de anunciar que se ha encontrado su cuerpo desnudo en un bosque, cerca del Delta Highway **(4)**! —manifestó el joven.

Reagan se volvió hacia mí con una sonrisilla agria.

—Eso hace trizas tu teoría de que Platón Vishna tuviese el fiambre oculto en algún sitio —afirmó.

—Ahora traen el fiambre hacia acá —continuó explicando el muchacho—.

Si quieren echarle una ojeada, a estas horas estará todavía en la furgoneta de la policía.

—No he de desaprovechar la oportunidad —dije yo, cogiendo el sombrero.

***

O'Rourke estaba rascándose la cabeza mientras contemplaba el cadáver de la vieja dama, intrigado profundamente al ver la forma de hoja de uno de los envoltorios. Yo me acerqué, y eché un vistazo. Desde luego, era Mrs. Luwen, sin duda alguna. Tal vez no estaba tan pulcramente maquillada como la última vez que la vi y tampoco tan bien vestida.

O'Rourke estaba inspeccionándola con detenimiento. El cadáver presentaba una grieta en la frente y cierto número de magulladuras en la cara.

—¿Qué le ha ocurrido a la dama? —pregunté.

—La han golpeado con un instrumento contundente —repuso O'Rourke.

—¿Qué dice el doctor a eso? —insistí yo.

—Cree que esta dama hace solamente cuatro horas que ha muerto, como máximo.

—Sin embargo, la dama que estuvo expuesta en los «Jardines» de Vishna, llevaba vamos días muerta —señalé yo—. Una cosa es cierta: las dos no pueden ser Mrs. Van Luwen.

—Algo así se me había ocurrido a mí —dijo O'Rourke, con profundo sarcasmo—. Por eso tuve la precaución de llamar al dentista de la vieja señora, para que identificase sus dientes postizos.

El dentista, un individuo pequeño e inquieto que llevaba unos lentes *pince-nez,* fué anunciado por un policía en aquellos mismos instantes.

Después de una consulta en voz baja con O'Rourke y el doctor de la policía, el hombrecillo abrió la rígida boca de la dama, y miró en su interior con ayuda de una lámpara eléctrica en forma de lápiz, en cuyo extremo se hallaba situado un pequeño cristal de aumento. Al fin se enderezó, devolvió la lámpara al bolsillo y, sacándose su *pince-nez,* empezó a frotar los cristales con el pañuelo, con irritante parsimonia.

—¿Bueno…? —insinuó O'Rourke.

El dentista le miró detenidamente, como si se tratase de un diente cariado.

—¡Ah, sí! —replicó al fin—. ¡No hay duda; no hay duda alguna de que esta infortunada dama es Mrs. Abigail Van Luwen!

CAPÍTULO VII

La cosa sucedió así: Mrs. Van Luwen cae en su bañera y muere. La visten con sus mejores ropas, su abrigo de visón y todos sus diamantes, y se convierte en la figura central de una solemne recepción en los «Jardines de los Benditos». Y a la mañana siguiente, después que fué robado el ataúd vacío, la dama es encontrada en un lugar distante cinco millas de Nueva Orleans… y apenas frío

su cuerpo. No, la cosa no cuadraba de ningún modo.

—La dama que cayó en la bañera no puede haber sido Mrs. Van Luwen —dijo O'Rourke demostrando la remarcable agilidad de su mente.

—¿Quién investigó aquella muerte? —pregunte.

—Tu amigo Sam Bolsover —repuso el capitán—. Era un trabajo de rutina, naturalmente. El médico del juzgado dictaminó la muerte por accidente.

—¿No crees que sería hora de que hablásemos un poco con Sam? —le propuse.

—Sí, es hora de que yo le hable —me espetó O'Rourke.

Sin embargo, yo me dirigí a su oficina con él. No es cosa fácil desembarazarse de mí.

Sam miraba desconcertado a la alfombra.

—En aquellos instantes parecía todo correcto, jefe —musitó—. ¿Cómo iba yo a saber que la dama de le bañera no era Mrs. Van Luwen? ¡Si era su mismísimo retrato!

—¿Quiénes fueron tus testigos? —preguntó O'Rourke.

—Nadie más que la sirvienta —replicó Sam. Y consultando un libro de notas, añadió—: Se llama Joan Harper, y vivía en la casa —y sonriendo con melancolía, concluyó—: Por cierto que era un bocado sabroso la chica…

—¡Dejémonos ahora de bocados sabrosos o no! —exclamó, airado, O'Rourke —. ¿Qué te dijo la muchacha?

Sam miró otra vez a su agenda antes de contestar.

—Dijo que Mrs. Van Luwen fué a tomar el baño como de costumbre, a las nueve de la noche. La obligación de la doncella era ir al dormitorio de la señora a las 9'45, para peinar a la vieja chiflada antes de acostarse. Al entrar la muchacha en la habitación, no vió rastro de su ama. Alarmada, pasó al cuarto de baño por la puerta de comunicación. Vió a la dama con la cabeza debajo del agua; la levantó un poco y vio que estaba muerta. A continuación llamó a la policía. Esto es todo.

—¿Dónde está ahora la doncella? —pregunté yo.

—Puede que esté todavía en la casa —repuso Sam—. Por lo menos, aquél fue el domicilio que dió al juez.

—¿Le ha dejado algo *Mistress* Van Luwen en su testamento? —volví a inquirir yo.

—No —dijo Sam—. Dejó hasta el último céntimo a los «Jardines» de Platón.

—Igual que *Miss* Caroline Lightbody —comentó O'Rourke.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté si capitán.

—¿No ves la semejanza de los dos casos? —contestó él—. En cada uno de ellos, la vieja dama muere, al parecer, por accidente. Y cada vez, su pasta va a parar a esos «Jardines»… del diablo. Platón Vishna convence a esas viejas chochas para que le dejen a él todo lo que poseen. Según estoy viendo, ese granuja no tiene paciencia para aguardar a que mueran por vía natural y, claro está, entonces les sucede algo fortuito a las pobres. Y cada vez hay otra dama relacionada con el caso. Con *Miss* Lightbody, su sobrina Fay Singler; con *Mistress* Van Luwen, mejor dicho, con su doble, ha sido la criada.

—¡No tienes ningún derecho a lanzar semejantes suposiciones sobre Fey! —le espeté yo, como si me hubiesen pinchado—. A este caso se le ha dado ya al carpetazo.

—Siempre puede removerse otra vez —replicó O'Rourke. Y a continuación se dirigió a Sam, ordenándole—: Descríbenos esa doncella que, según dices es un bocado tan sabroso.

—Un ejemplar muy rellenito de carnes —explico Sam—. De piel morena, algo así como aceitunada.

—En esto no se le parece en nada a Fey, ¿no crees? —le dije a O'Rourke.

En aquel instante entró en la oficina otro policía.

—He estado en casa de Van Luwen, como me ha ordenado —declaró—. En una mesa escritorio he encontrado este fajo.

Y echó un paquete de cartas encima de la mesa de O'Rourke.

—Muy bien, Johnstone —dijo el capitán—. Puede retirarse.

Después de hojear un poco la correspondencia por espacio de cinco o diez minutos, O'Rourke emitió un gruñido de satisfacción.

—Esto arroja un poco de luz sobre el caso —indicó entregándome una carta.

—Seguramente que el caso podría utilizar algo de luz —repliqué yo.

Examiné la carta. Estaba escrita con una caligrafía antigua, de pata de araña, y el papel era recio y de borde dorado. Con el membrete de una dirección de San Louis. El texto de la carta rezaba:

> «Estimada Abby:
>
> »No sé cómo agradecerte el que me hayas dado permiso para utilizar tu casa durante tus breves vacaciones en Florida. Ya estoy esperando con ansiedad mi estancia en Nueva Orleans, puesto que el cambiar es generalmente tan agradable como un descanso, como yo suelo decir. Desde luego no me importa que hayas concedido vacaciones al servicio durante esta temporada. Yo no soy rica como tú, no lo olvides, y estoy totalmente acostumbrada a cuidar de mí misma.
>
> »Tu hermana que te quiere,
>
> Caridad.»

—*La caridad bien entendida empieza por la casa propia* —parafraseé yo—. Si no se hubiese movido de la suya, seguro que continuaría en vida.

—A mi modo de ver, lo que tiene miga en esta carta es la alusión que hace al personal de servicio —señaló O'Rourke—. Aquí dice que todos estarían fuera.

—De ello se desprende que la Joan Harper, de que habló Sam, es una criada postiza —comenté yo.

—Yo lo veo del siguiente modo —manifestó O'Rourke—. Ignorando los planes de vacaciones de la señora Abigail, Platón Vishna manda una dama (Joan Harper) a la casa, con instrucciones precisas para mandarla a dormir… para siempre. Joan llega allí y encuentra a la hermana Caridad. Pero Caridad es el mismo retrato de Abby, además de lo cual, como está en el baño, no hay siquiera la diferencia de los vestidos para distinguirlas. Así, pues, Joan le da el porrazo a la cabeza a Caridad, creyendo que es Abby, y la deja sumergida en el agua. En aquel momento suena el teléfono. Joan resuelve exponerse a contestar. Su horror es más que regular cuando se entera de que está hablando con Abby, que llama desde Florida para preguntar qué tal se ha instalado Caridad en la nueva residencia. Joan comprende rápida e inteligente lo que ha sucedido, e improvisa la respuesta. Le suelta a Abby algún embuste como, por ejemplo, el que ella es una amiga íntima que acompaña a Caridad, y que ésta se ha ido ya a la cama por encontrarse muy cansada. Entonces la fulana tiene que echar manos a la obra para forjar un cuento más que regular. Se imagina que si el parecido de las dos hermanas le ha engañado a ella, igualmente podría engañar a los policías. ¡Especialmente a un policía bobo como tú, Bolsover!

Sam dibujó una mueca de disgusto ante el piropo, y O'Rourke prosiguió:

—Así, pues, Joan, en su papel de sirvienta, llama a los policías y les explica el horrible accidente que ha tenido lugar. Ellos tragan el cebo y, bajo la dirección escénica de Tío Platón, Caridad es enterrada en lugar de su hermana, y Platón se hace con la pasta, el visón y los diamantes.

—¿Y qué supondremos estaría haciendo durante todo ese tiempo la verdadera Abigail Van Luwen? —pregunté yo.

—Abigail regresa a toda máquina, a Nueva Orleans —continuó O'Rourke—. Puede que una comprobación con Florida demuestre que recibió un telegrama simulando ser de su hermana y pidiéndole que regresase cuanto antes.

—Y cuando la dama llegó, fué recibida por una comisión de ceremonial formada por Vishna y sus compinches, que se la llevaron a dar un paseo —concluyó, Sam, agarrándose a la oportunidad para demostrar que también él sabía algo de lo que había sucedido.

—Sí, algo de eso debía de haber —asintió O'Rourke, de mala gana—. No sería cosa difícil, teniendo en cuenta que *Mistress* Van Luwen tenía mucha confianza en el personaje ese de Vishna, y siendo una de sus fieles discípulos, por decido así.

Entonces eche mi cuarto a especias para redondear la historia.

—El robo del cadáver fué una bendición, para Vishna —dije—. Cuando éste ocurrió, no tuvo que hacer más que desembarazarse de Caridad, enterrándola en algún punto del cementerio, y dejar aporreada a Abby allá en el bosque. El pillo contaba con que transcurriría algún tiempo sin descubrirse el cuerpo de la hermana rica, de manera que cuando al fin fuese hallado, todo el mundo creería que era el mismo fiambre sacado por encima de la cerca de los «Jardines de los Benditos». De esto modo él quedaría a cubierto de toda futura investigación.

—Sí, pero tuvo la mala suerte de que un grupo de niños que corrían con su perro, tropezasen con el cuerpo de la dama demasiado pronto —añadió Sam.

—¡Caramba! —exclamó O'Rourke, silbando con admiración—. ¡Ese tipejo de Vishna es listo de verdad! Si todas las cosas hubiesen seguido su curso, habría podido presentar una reclamación por el seguro del abrigo de visón y los diamantes, en representación de los bienes de Abigail que tenían que ir a parar a él de todas maneras. El descubrimiento del cuerpo despojado sería prueba de que el cadáver fué robado de los «Jardines» junto con las joyas.

—De todos modos, me afirmo en mi opinión de que a estas horas Platón estará riendo muy a gusto —apunté yo calmosamente.

Los dos policías se volvieron bruscamente hacia mí.

—¿Que quieres decir? —me preguntó O'Rourke.

—Lo que hemos estado precisamente discutiendo, es teoría —puntualicé—. Estoy bastante convencido de que las cosas han ocurrido del mismo modo que tú acabas de exponer. Tan verdad como los tres estamos ahora aquí. Pero el caso es que no podéis probar una sola palabra de esta teoría. Lo único que sabéis es que el fiambre que yacía en los «Jardines», no era la verdadera *Mistress* Van Luwen. Y Platón puede alegar una ignorancia completa de ello. ¿Por qué no? El cambio engañó a Sam, aquí presente; del mismo modo podía haber engañado a Platón. No puedes levantar un dedo contra él, O'Rourke, hasta que te hayas apoderado de la misteriosa Joan Harper… si éste es su nombre, cosa que dudo. Esa fulana es la clave del misterio. Es tu mejor testigo; mejor dicho; tu único testigo.

O'Rourke se pasó sus embotados dedos por la mata gris de su pelo.

—Es una idea infernal —dijo—, pero, Drayton, mucho me temo que tienes toda la razón.

***

Y así fue. Mientras la Jefatura de Policía ponía toda la carne en el asador, tratando de dar con Joan Harper, los sabuesos de la justicia trabajaron

intensamente para identificar a todas las personas relacionadas con el asunto. Al fin se llegó a la conclusión de que Caridad había desaparecido, y nadie se preocupaba mucho de lo que pudiera haberle ocurrido, porque la mujer no tenía bienes de fortuna, al fin y al cabo. Y estuvieron de acuerdo en que *Mistress* Van Luwen tenía derecho a dejar sus bienes en la forma en que bebía testado, aunque hubiese muerto después que el testamento fuese hecho público.

Platón reclamó el seguro de los diamantes y la piel de visón, pero el procurador de Van Luwen le obligó a invertir el dinero en nuevos diamantes y abrigo de visón, en lugar de acreditarlo en la cuenta de los «Jardines», como él había esperado poder hacer. Abigail, según el procurador dijo, tenía derecho a ser enterrada con joyas y ropas por un valor de quinientos cincuenta mil dólares, si así lo deseaba; y así fué. Los últimos ritos fúnebres fueron hechos con menos pompa que los que se tributaron a Abigail en la persona de su hermana Caridad, y los propios guardianes de Platón se mezclaron con los policías para evitar todo intento de repetición sobre el segundo lote de diamantes y visón por parte del «Senador» o de «Flas» Nick Barion.

Yo estuve ante la tumba abierta, al lado de O'Rourke. Cuando la tierra cayó sobre el féretro, yo pensé que los únicos que perdían hasta entonces eran los de la compañía de seguros, puesto que habían de financiar aquel segundo entierro de objetos de gran valor. Cuando nos volvíamos, O'Rourke me dijo en voz baja:

—Es una locura enterrar toda esa riqueza, cuando hay tanta miseria en el mundo.

—No te preocupes —le contesté yo—. ¿Supones, por ventura que permanecerá mucho tiempo ahí? Platón no se resignaría a permanecer en la miseria, teniendo medio millón de pavos a unos palmos bajo tierra en el patio trasero de su aposento.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó O'Rourke—. No pretenderás que cada semana o cosa así desenterremos a la vieja señera para asegurarnos de que lleva aún su diadema y su abrigo de visón. Platón puede esperar mucho tiempo, hasta echar la zarpa en el tesoro.

—Perfectamente —dije—. De acuerdo en que no puedes ir a desenterrar la dama siempre que te venga en gana, pero creo que puedes impedir que Platón lo haga.

—¿Cómo?

—Sellando la sepultura —repuse yo—. No creo que sea nada imposible agenciarse una especie de timbre de alarma que avise si alguien pretende meter la mano en el ataúd.

—Creo que no está del todo mal la idea, Ricky —opinó O'Rourke.

Y mi idea fue puesta en práctica. Y la tumba permaneció intacta. Cualquier nuevo intento de robo del cadáver, habría puesto en funcionamiento los timbres de alarma de la Comisaría del Distrito y de la Jefatura de Policía. ¡Seguramente era el primer timbre de alarma conectado directamente con la policía para guardar la sepultura de una vieja dama!

Sea como fuere, los timbres no sonaron, tal como yo me bahía imaginado qua sucedería. Platón debía de estar rabiando, pensaba yo, al saber que había toda aquella fortuna enterrada en sus preciosos «Jardines», sin que él pudiese meter la zarpa en ella. Un día que casualmente pasaba por allí, entré a verle.

No sé si fué por el frío que hacía, o porque le sorprendí «fuera de servicio», el caso es que en lugar del traje de «hoja de parra» vestía un traje con elegante americana cruzada, y una corbata de seda de color gris perla. Su rostro era de un color de caoba natural que contrastaba con el laca dorado de antes. La pellejuda dama de los brazaletes me introdujo. Platón estaba sentado tras una mesa escritorio de mármol, que parecía hecha más bien para causar efecto que

para ser usada. Cuando yo entré, levantó los ojos, mientras se mesaba su leonada barba con sus largos dedos.

—¿En qué puedo servirle? —se ofreció.

Su voz era sedosa y honda; la clase de voz que atrae a las viejas damas con más dinero que sentido común, haciéndolas retrotraer a una segunda infancia.

—Nada de particular —le dije—. He entrado solamente para saludarle. Y preguntarle, por curiosidad, qué efecto le hace a uno tener ese paquete enterrado en el patio de su casa…

—Si ese vulgar calificativo se refiere a los bienes de *Mistress* Van Luwen, por lo que a mí atañe, estoy muy satisfecho de saber que su postrera voluntad se ha cumplido —me contestó.

—Así tenía que ser, considerando que le echó usted la zarpa al primer lote… —apunté.

—Esa es una afirmación un tanto peligrosa —replicó Vishna—. Podría sufrir algún percance si anda hablando de este modo.

—¡Y a usted podría resultarle peor, andar liquidando a damas como Abby Van Luwen y su hermana. ¡Cualquier día le meterán mano a tu Joan Harper, y entonces tú irás a ocupar el sitio que mereces!

«El Uno» juntó las puntas de sus largos dedos, y me dijo con gran firmeza:

—¿Eres muy amigo, verdad, de *Miss* Fey Singler?

—¿Y a ti qué te importa? —repliqué.

—Nada, nada en absoluto. Pero quisiera darte un Pequeño consejo: Si tratas de meterte donde no te llaman, te sucederá algo desagradable. Y lo mismo digo con referencia a *Miss* Singler.

—¡Oye, canalla! —exclamé entonces, inclinándome encima de la mesa y cogiéndole por las solapas de la americana—. Suelta otra amenaza como esa, y te mando en un santiamén a ese cielo de pacotilla que estás predicando por ahí!

Le zarandeé un par de veces, y le solté. De pronto sonó una breve y seca detonación en algún punto detrás de mí, y Platón se echó bruscamente atrás en su sillón, al tiempo que en su rostro aparecía una expresión estúpida, y en la blancura de su camisa aparecía una mancha roja. Me volví justamente a tiempo de ver una figura que salía rápidamente del hall. Sin pararme a mirar a Platón, corrí detrás del pistolero por el largo pasillo que conducía a la calle. Por el camino me crucé con la esquelética figura de la dama de los brazaletes. Detrás de una oreja tenía un bulto como un huevo de gallina.

El sujeto que tenía delante era de una gran corpulencia; era evidente que la Naturaleza no le había hecho para correr. Le gané ventaja rápidamente, de modo que pronto pude oír su fatigada respiración. En el otro lado de la calle le aguardaba un magnífico «Cadillac» con otro sujeto al volante y el motor en marcha. Mientras yo bajaba las escaleras, el hombre del automóvil sacó una pistola de su negra levita, y le dijo al fugitivo a grandes voces que se apartase de delante. El perseguido saltó a un lado, y el del coche disparó. Me eché como una exhalación sobre la acera, y oí cómo la bala silbaba encima de mi cabeza. Mientras me tumbaba, empuñé mi revólver y disparé sobre el tipo corpulento, que en aquellas instantes pugnaba por meterse en el «Cadillac» que estaba ya en marcha. Hice añicos algunos cristales, pero creo que los desperfectos terminaren aquí.

Ahora el «Caddy» me estaba enseñando su parte trasera, y se alejaba por la calle en medio de una nube de polvo. Le dejé marchar, y no me levanté de la aceza hasta que estuve seguro de que me encontraba ya fuera del alcance de los tiros. Entonces me dirigí lentamente hacia mi descapotable. No tenía prisa; ninguna prisa en absoluto. Ya sabía dónde tenía que encontrar, cuando quisiera, al elegante «Cadillac» que había disparado contra mí. Puesto que le

había reconocido; era «El Senador».

CAPÍTULO VIII

Abandoné los «Jardines de los Benditos» y estuve meditando entretanto, extrañado, por qué Platón Vishna se había tomado con tanta calma, al parecer, el hecho de que el segundo entierro de los bienes de *Mistress* Van Luwen se hubiese efectuado de tal modo que no pudiese él meterles mano sin que los policías se le echasen encima. El fulano era regularmente avaro, por lo que la situación debía de ser irritante para él. Después se me ocurrió pensar que Platón había ya demostrado que sabía hacer las cosas con la debida finura y sagacidad. Se había reído de nosotros con el asunto de le doble muerte de Abby y su hermana, y el del legado y el seguro de la compañía. Tal vez continuaba riendo todavía.

Yo no dudaba de que había visto bajar a la tumba a *Mistress* Van Luwen completa con su diadema, collar y todo el resto. Pero… ¿eran auténticas las joyas y el abrigo de visón? ¿Y si «El Uno» había vestido previsoramente a la vieja con joyas falsas de cuatro centavos, guardándose las auténticas para sí? Este truco era muy propio de él. Ello explicaría perfectamente por qué se mostró prontamente dispuesto a la instalación de timbres de alarma en la tumba. ¿Por qué había de preocuparle tener bajo tierra un puñado de trozos de vidrio?

No obstante, en aquellos momentos yo tenía algo más urgente que hacer. Era más interesante para mí descubrir los motivos que habían inducido al «Senador» a parar el mecanismo de Platón con una onza de plomo candente. Verdad era que «El Senador» había resultado chasqueado hacía pocos días con un ataúd vacío, motivo por el cual debía de estar enfurecido contra «El Uno». Pero no hasta tal extremo. Ningún individuo sensato se dispone a liquidar resentimientos con un revólver: generalmente la artillería se guarda para los casos de extrema necesidad. Era cuestión, pues, de descubrir qué clase de necesidad era la que le había llevado al maduro «gangster» a repartir plomo con la cara descubierta.

Tenía la esperanza de que él no me había reconocido al disparar contra mí desde el «Cadillac». Lo más probable es que me hubiese tomado, por uno de los adláteres de Vishna. Por este motivo preferí darle tiempo para recuperarse del sofocón de la fuga; darle un par de horas, después de las cuales no estaría ya tan preparado para las visitas.

Con la idea de llenar de la mejor manera posible aquel par de horas, cogí el teléfono y llamé a Fey. A la sazón, la chica monopolizaba casi por entero mis citas femeninas, lo cual dice mucho en favor del encanto de la muchacha, teniendo en cuenta que yo he sido siempre uno de esos tipos que pronto se cansan de la misma mujer, creyendo que éstas abundan y crecen con la misma facilidad que los hongos sobre la superficie de la tierra. Sin embargo, no sé por qué me iba acostumbrando a la compañía de Fey, y ella no parecía tampoco sentirse mal a mi lado. Por eso me dirigí a su apartamento para beber un poco y charlar un rato.

Mientras estábamos juntos me acordé de la velada insinuación que Vishna me había soltado sobre la muchacha.

—¿Tú conoces a ese personaje que se llama Vishna? —le espeté.

—¡Ni por asomo! —replicó Fey, rápidamente—. ¿Por qué tendría que conocerle?

—Nada; se me ha ocurrido preguntártelo. He pensado que no sería nada extraño, teniendo en cuenta que ha sido el enterrador de tu tía y todo eso.

—Solamente he oído hablar de él —declaró Fey—. Y lo que oí, no me ha

gustado ni un pelo. Y te pido por favor que no me hables de ese tipo nunca más.

—Perfectamente —contesté. Y, a continuación, inclinándome hacia ella y cogiéndole la barbilla, le hice volver la cara hacia mí, y le dije—: Oye, nena, te voy a decir algo importante. Ya sabes que me gustas y que te quiero con toda el alma. Si te vieses mezclada con alguno de los líos que yo esté investigando… sea ahora, u otro día… no vaciles ni un momento, querida; dímelo con toda franqueza inmediatamente. ¿Lo harás así?

Ella me miró con sus ojos grises tan claros.

—¿A qué viene ahora decirme eso? —me preguntó.

—En estos momentos estoy tan chiflado por ti, que estaría perfectamente resuelto a sacarte de cualquier apuro en que te hubieses metido con Vishna. Pero te advierto también, Fey, que si más adelante descubro que me has tomado por un primo, no he de sentir por ti, más compasión que la que sentiría por cualquier mujerzuela despreciable.

Fey meneó la cabeza, intrigada.

—Sigo sin comprender una sola palabra de lo que me dices —aseguró.

—Esto es lo que quería oír de tus labios —le dije—. Que sea así.

Y la besé. Un rato después, era para mí la hora de marcharme.

***

«El Senador» estaba en su sala de juego, con los pulgares enganchados en las sisas de su chaleco de fantasía.

—He de hablar un momento a solas con usted —le anuncié.

El sujeto trasladó su abultado cigarro hacia el otro extremo de la boca, e hizo una señal con la cabeza hacía las escaleras.

—Allá arriba —indicó.

Le seguí escaleras arriba y por un estrecho corredor, basta llegar ante una puerta que tenía el rótulo «Particular». «El Senador» se sentó tras un gran sillón de caoba, y dijo:

—Vamos a ver; ¿de qué se trata?

—¿Por qué has mandado a uno de tus hombres ¿que le pegase un tiro a Platón Vishna?

«El Senador» se enderezó, y señaló la puerta.

—Si esto es todo lo que querías decirme —me espetó— ya sabes dónde está la salida.

—No, no es esto todo lo que tengo que decirte —contesté. Y rodeando la mesa escritorio, le eché de un empujón contra el respaldo de la silla—. He presenciado el disparo y tu fuga subsiguiente —proseguí—. Has disparado contra mí desde el «Cadillac» Estoy pronto a declarar ante la policía.

—¡Tonterías! —repuso «El Senador»—. Podrás enfrentar tu palabra con la mía en todo caso, no más. Precisamente para las cuatro de esta tarde, dispongo de una excelente coartada.

Puse un pie en el borde de su sillón, y le grité, acercándome mucho a él:

—¿Cómo sabes que Vishna ha recibido un tiro a las cuatro de esta tarde?

«El Senador» conservó bastante calma al contestar:

—Yo no he dicho nada de eso. ¡Y tú no puedes probar lo contrario!

Yo suspiré. Luego dije:

—Ya me temía este juego. Por eso estaba dispuesto del todo para colaborar adecuadamente contigo —le cogí por las solapas, le saqué de un tirón de la silla, y lo hice sentar sobre la mesa.

—Me parece que tendré que ponerme serio —amenacé.

Y le di un puñetazo en pleno rostro que le tumbó encima de la mesa cuan largo era, de modo que quedó con la cabeza apoyada sobre el tintero.

Con un movimiento automático, instintivo, llevó la mano al revólver. Yo me eché encima de la mesa, le cogí la muñeca derecha y le arrebaté al mismo tiempo el arma, echándola al otro lado de la habitación. El encorvó las piernas con la intención de darme un rápido puntapié en el bajo vientre; yo le descargué un fuerte puñetazo sobre el ombligo, que le impidió desdoblar las piernas.

Entonces le empujé fuertemente, y le eché al suelo junto con una masa de libros y papeles. Cuando fuí al otro lado dando la vuelta a la mesa, él estaba incorporado, apoyado sobre las manos y las rodillas.

—¡Basta! —dijo con voz jadeante—. Te diré lo que desees saber. ¡Ayúdame a levantarme!

Me agaché y le cogí por los hombros, para ponerle en pie. Pero cuando estaba medio levantado me dió un fuerte golpe con la cabeza en el plexo solar, de manera que ahora fué él quien me dejó a mí sin respiración y encorvado y doblado el cuerpo. «El Senador» aprovechó el momento para descargarme un terrible mazazo en el cogote. Por un instante estuve por completo a su merced, de modo que todavía me pregunte ahora por qué no terminó de despacharme. Luego, la niebla se disipó a mi alrededor, y yo me enderecé a tiempo de verle cómo se lanzaba hacia el rincón de la sala donde yo había arrojado su revólver. Me precipité tras él y le cogí por la cintura, derribándole al suelo debajo de mí con la mano estirada y a pocas pulgadas de distancia del arma.

No tenía intención alguna de darle una nueva ocasión para traicionarme como antes. Cogiéndole la cabeza con ambas manos se la golpeé furiosamente contra el suelo. La alfombra era recia, pero a pesar de ello no dudaba que «El Senador» empezaba a sentir dolor de cabeza. Empezó a gemir y a agitar los párpados. Me levanté entonces de encima de él, y le hice ponerse en pie a su vez, aunque ahora menos suavemente que antes. A continuación le di una serie de porrazos en la cara y en la boca del estómago, hasta que hubimos completado un semicircuito de la habitación; él, desde luego, era el que iba andando hacia atrás. Al fin le acorralé contra la pared, y comprendí que le había hecho ya bastante daño. Le di un empujón para hacerle sentar en una silla, y le propiné un par de bofetadas para despabilarle.

—Ahora habla —le ordené.

—Tenía que liquidar a Vishna —dijo él, con voz entrecortada—. ¡Me estaba arruinando…!

—¿Quieres decir que os hacía la competencia —le pregunté.

—Diez mil dólares al mes… —susurró «El Senador».

—Eso no es nada —comenté yo—. Dime qué dominio tiene él sobre ti…

—El mismo que posee sobre cuantos trabajamos en este negocio en la ciudad —repuso Grant Rumbold—. Ya te lo he dicho: ¡nos está arruinando por completo!

—Pero, ¿de qué se trata? —insistí yo—. ¿O quieres que empiece a reblandecerte otra vez?

Una voz sonó detrás de mí, que me dejó momentáneamente paralizado:

—¡No, *mister*, tú no vas a reblandecer ya nunca más a nadie!

Giré sobre los talones. El corpulento tipo que se había fugado de los «Jardines» con «El Senador», estaba de pie en el umbral, apuntándome con un revólver que no parecía precisamente de adorno.

No se me ocurrió otra cosa que plantarle cara a la nueva situación, diciéndole:

—¡Hola, amigo! ¡Buenas tardes!

Algo había que decir.

El intruso despreció mi predisposición a la sociabilidad y, encarándose con «El Senador», le espetó:

—¿Qué ha estado haciendo éste, jefe?

—Me ha dejado como una estera —masculló «El Senador».

—¿Hay alguna razón que aconseje dejarle con vida? —preguntó el verdugo.

—En absoluto, Fatso; ¡no existe la menor razón! —contestó Grant Rumbold.

Tras la respuesta se produjo un disparo hecho por Fatso. Así, como lo digo. No quedé sorprendido lo más mínimo. Vi la llamarada negra y naranja que escupía la boca de su revólver, y me pareció que transcurría largo tiempo hasta que oí la estruendosa detonación. Al mismo instante me pareció sentir cómo una serpiente de fuego me penetraba en las partes vitales causándome la sensación de que estaba bailando en mi hígado. Sentí como un alarido que me subía a la garganta junto con una candente oleada de sangre, pero no creo que lo pudiese oír nadie más, puesto que quedó reducido en uno más de los ecos que resonaban en mi cabeza. Luego, la gruesa alfombra me acarició la cara y allí terminó, de momento, todo para mí.

***

La serpiente de fuego estaba todavía dando vueltas por el interior de mi cuerpo, aunque más lentamente ahora, como si ya hubiese comido bastante de mi vida y estuviese ahíta, satisfecha. Repleta e indolente, se movía de un lado para otro casi con cierta suavidad, sin prisa alguna en terminar la comida, en consumirme de angustia y acabar de una vez conmigo. «Te mataré dentro de un corto rato» parecía decirme: «No hay prisa». Los hondos flujos y reflujos de la agonía y rigidez que se iban alternando, se apoderaban de mí con una confianza tan lenta y deliberada, que comprendí que, si no recibía auxilio médico cuanto antes, iba a morir irremisiblemente. Y en aquellos instantes me sentía demasiado cansado, demasiado exhausto para que me importase excesivamente lo que sucediera.

Lo único que deseaba era que el automóvil se parare. Porque de lo que sí me daba cuenta era de que viajaba en coche. Sentía las vibraciones que procedían del piso donde yacía mi cuerpo inerte, además del conocido oler de gasolina y cuero de tapices, y el suave zumbido de un motor bien afinado; todo esto eran cosas familiares, entre las cuales había vivido siempre hasta aprender a quererlas; cosa tan familiares como el teclado de mi máquina, el fresco contacto de un vaso de *whisky* en la mano, la cálida presión de los labios de una dama —siempre nueva y siempre, en cierto modo, la misma sensación —el fuerte coletazo en mí muñeca de un cacharro disparando, y el acre olor de la pólvora en mi nariz.

Luego note que renacía en mí el deseo de vivir a pesar de todo. Quería agarrarme a aquellas cosas, aunque fuesen pocas y livianas, porque ellas eran mi vida, la única clase de vida que conocía. Pensaba que mientras continuase viviendo, haría mucho ruido, y la gente se daría cuenta de mí (algunos con miedo, otros con ansiedad, muchos de ellos con disgusto), pero sabrían todos ellos que yo estaría rondando a su alrededor… Por eso me gustaría hablar en voz alta para hacerles saber que estaba todavía allí, y tal vez para cerciorarme yo mismo de que no me había marchado todavía y de que contaba para algo. Y, claro estaba, si moría, todo habría terminado y nadie me lloraría. ¿Por qué tendrían que llorarme?

No me seducía demasiado la idea de saber que mi nombre quedaría grabado

con una breve inscripción en una lápida, o que los periódicos publicarían unas breves líneas sobre su papel amarillento. Nadie besa la fría losa de una tumba. Nadie lucha por obtener una simple nota necrológica en los periódicos. Yo temía morir, porque había hipotecado mi inmortalidad a cambio de unos pocos años de vida airosa. Y, por lo demás, no parecía que me quedasen muchos años para utilizar. Todos los que han hecho la clase de vida que yo llevo, llegan a la misma conclusión, tarde o temprano. Uno gasta la pasta que tiene, y cuando no tiene una gorda, aquello que ha empeñado es lo que continúa haciéndole vivir.

Porque quería seguir viviendo, hice lo más difícil que en mi vida he tenido que hacer: tuve la boca herméticamente cerrada, no chillé, no gemí, ni vomité ni lloré. Y todas estas cosas eran lo que más deseaba hacer al mismo tiempo o muy rápidamente una tras otra, debido a aquel diablo de serpiente candente que se había despertado de nuevo con un hambre más atroz que antes. Pero dejé que me devorase sin que nada de mí se pusiera en movimiento; únicamente el sudor que brotaba de mi piel como el líquido de un limón estrujado, derramándose con gruesas gotas por la cara.

Era el instinto lo que me aconsejaba permanecer quieto, puesto que los primeros minutos de recobramiento de los sentidos los tuve demasiado ocupados en escuchar atentamente cualquier ruido, esforzarme por descubrir mi verdadera situación, y empezar a indagar el por qué de todo ello. Luego el dolor me dió un respiro, y entonces tracé de interesarme inteligentemente por lo que sucedía.

Poco a poco recobré la orientación. Estaba en un automóvil, en efecto. Permanecía tendido en el fondo del departamento trasero. Remontándose encima de mí como abruptas montañas, estaba la espalda del chofer y de otro pasajero, cuyos hombros sobresalían mucho en lo alto. Y más arriba veía el bulto de la cabeza erguida, aún cuando no podía enfocarles adecuadamente. Pero oía su voz, que no era precisamente la voz de ningún ángel. Una y otra me eran conocidas; pertenecían al «Senador» a su acólito, Fatso.

—No me gusta un pelo —decía Fatso—. No me gusta volver a ver al tipo ese.

—Eso es propio de ti —repuso «El Senador»—. No tienes tacto alguno; no tienes inteligencia. Mira, hoy alguien le ha pegado un tiro a Vishna. Vamos, pues, esta noche a verle con otro cliente de pasta. Vishna creerá que nosotros no tenemos nada que ver con lo sucedido. Seguro que se dirá a sí mismo: «No puede ser que haya sido uno de los muchachos del «Senador» el que ha tratado de liquidarme hoy, puesto que el hombre desea continuar haciendo negocio conmigo en las condiciones de antes. «El Senador y yo continuamos siendo buenos camaradas».

—Bien ¿y qué? —preguntó Fatso—. Vamos a permitirle que se desembarace de ese fiambre en su cementerio particular como hizo con Bose Andrevitch. ¿Y qué sucederá, entonces? Ya te está sacando diez billetes grandes al mes a causa de Bose. Lo más probable es que te hará soltar otros diez mil pavos por ese personaje llamado Drayton.

—Sí, es lo más probable —replicó «El Senador», calmosamente—. Pero no vivirá para embolsarlos. En cuanto llamemos a su puerta dentro de unos minutos y le digamos: «¡Oh, Platón, buen amigo nuestro! Aquí te traemos otro fiambre, que queda a tu disposición al precio de costumbre», todo serán mieles para nosotros. Y cuando mañana le visites, no sospechará lo más mínimo, de modo que puedes pegarle un tiro con la mayor tranquilidad del mundo. Entonces se acabó. Lo único que te encomiendo es que afines la puntería y te asegures esta vez.

—No te preocupes, jefe —repuso Fatso—. Ahora no me equivocaré. Nunca

me falla dos veces un mismo tipo.

—Si quieres continuar trabajando conmigo —le espetó Grant Rumbold—, será mejor que aprendas y procures no fallar con el mismo tipo ni una sola vez.

Entonces el coche paró bruscamente con un chirrido de frenos y una sacudida que estuvo a punto de romper la promesa de silencio que me había hecho a mí mismo. Oí cómo se abría una portezuela, y otra vez la voz del «Senador», que dijo:

—Hemos llegado. Un parroquiano más de pago para los «Jardines de los Benditos».

CAPÍTULO IX

Oí pisadas que cruzaban la acera, y alguien que llamaba a una puerta. Poco después volvieron las pisadas hacia el coche, y unos individuos empezaron a levantarme para sacarme del coche. No lo hacían con demasiada suavidad, que digamos, pero yo mantenía cerrados los ojos y la boca, de modo que si llegué a morderme la lengua de dolor, sólo yo lo sabía. La sangre nueva se mezclaba con la que ya había derramado anteriormente, pero la presente compañía no se afectaba, por lo visto, ante más o menos cantidad de rojo líquido.

Me llevaron como en andas a través de un trayecto largo, de piso desigual, hasta que terminaron dejándome sobre algo duro y frío. Oí unas voces difusas que pude, sin embargo, distinguir: eran la voz de bajo tonante del «Senador», y el suave siseo de «El Uno». Los dos personajes estaban discutiendo. Luego se alejaron las pisadas, y hubo un rato de silencio. De pronto, el silencio fué roto por la voz profunda y sin sexo de la dama de los brazaletes.

—¿Qué quieres hacer con él? —preguntó.

—Déjale allí hasta mañana —repuso Vishna—. Después, ponle en la nevera, como los demás.

El rojo resplandor que veía a través de mis pestañas, se tornó de un azul de medianoche. Comprendí que habían apagado las luces. Una nueva serie de pisadas que se alejaban y otro silencio que descendía sobre mí, más profundo que el anterior, me indicaron que estaba solo.

No sentía otro deseo que el de dormir, pero tenía la certidumbre de que si cedía a mi deseo quedaría dormido para siempre. De todos modos, logré incorporarme sobre un costado apoyándome en un codo. Continuaba diciéndome a mí mismo que debía de estar muerto; que era obligado haber muerto hacía largo rato. Pero yo no muero fácilmente. Nada en mí se realiza con facilidad. Fué preciso un lapso de tiempo que me pareció interminable, terriblemente doloroso, pero al fin logré hacer unas tiras de mi camisa y efectué una especie de vendaje sobre el agujero que la bala me había hecho en el vientre, debajo de mi chaqueta. Lo até fuertemente para evitar que continuara saliendo sangre y para evitar que los intestinos se me derramasen por el suelo.

Sabía que era necesario hacer aquello antes que pensar en ir a otro sitio, pero cuando hube terminado la operación, comprendí que no me quedaban fuerzas para nada más. Caí de nuevo de espalda sobre la losa, y cerré otra vez los ojos.

Acaso deliraba, acaso era un sueño o, tal vez se trataba solamente del curso ocioso de mis pensamientos. Fuese lo que fuese, me encontré pensando en gente que caía de sitios elevados. Gente como *Miss* Carolina Lightbody, por ejemplo, cayendo de un 25 piso de un bloque residencial, y estrellándose en la acera de la calle. El espectro de *Miss* Lightbody repetía su caída para satisfacer a mi visión agudizada por el dolor. Levanté los ojos y moví la cabeza para apartarla, al mismo tiempo que la leve figura caía, aplastándose a mis pies. Pero acuella escena que evocaba resultaba incoherente. Algo fallaba allí. Mi fatigado cerebro pugnaba por desentrañar el problema. ¿Qué era lo que no cuadraba allí? De pronto comprendí. ¡*La que había chillado era le dama a quien no correspondía hacer esa cosa*!

¿Han visto caer alguien desde un punto elevado, amigos? Pues yo sí. Y con mucha frecuencia, casualmente. En la clase de sociedad en la que yo me muevo, siempre hay gente que cae de sitios de altura. Y mientras caen, no cesan de chillar. Si usted lo contempla de lo alto, oye el alarido que empieza

siendo un grito asustado y agudo, y se convierte gradualmente en gemido terrorífico que va debilitándose hasta terminar con el choque definitivo. Si usted está debajo, oye primero el lejano grito de sorpresa que crece rápidamente transformándose en gemido angustioso, hasta que parece tiene que estallar en torno de uno, y no queda otra cesa que el silencio y algo roto y quieto en el suelo. Hay otra gente, espectadores como la dama del otro lado de la calle, que también chilla. Pero esto es puramente incidental; una especie de acompañamiento de fondo en el gran solo que ejecuta la persona que realiza el zambullido en el vacío. Es estrictamente su último momento; su última aparición en aquel escenario y en todos los demás. Y, claro está, ponen en ello toda la fuerza que les queda; todo el impulso de sus pulmones. Y *Miss* Carolina Lightbody no había emitido el más leve sonido. Había caído muda como una piedra.

Y esto significaba solamente una cosa; la vieja dama había perdido los sentidos cuando abandonó la ventana. En realidad no cayó; fue empujada. Y el empuje le fué dado con un instrumento contundente en la nuca; un golpe de K.O. que pasaría inadvertido entre las demás heridas que causaría el impacto con la acera.

Y no había más que una respuesta a la pregunta «¿Quién le había propinado el golpe?» Un breve nombre de tres letras que correspondía a una dama que acostumbraba mirarme con ojos claros y derrochando una gran dosis de fingida inocencia. Sí, las letras formaban el nombre de Fey, y ello explicaba lo que Vishna me había dicho acerca de ella aquella tarde: «Si tratas de remover las cosas, tendrás una sorpresa desagradable». ¡Cuánta razón tenía el falso apóstol! Ahora veía que estaba descubriendo el hedor de la corrupción y de la podredumbre en el mismísimo corazón de aquello que más quería en el mundo. El gusano en la rosa…

Cesé de pensar, o de soñar, y las negras brumas se cerraron otra vez en torno a mí. Y ahora sí que le di poca importancia. Estaba siempre siguiendo las cosas hasta el final, escudriñando un caso como una manzana podrida, hasta que los gusanos saltaban con la sacudida. Y ahora que Fey era uno de los gusanos, me encontraba deseando no haber escudriñado nunca la manzana; deseando que nunca la hubiesen puesto en mis manos para investigarla. Supongo que esto mismo le sucedería a Adán en el Paraíso… Y también en su caso había una dama, según recuerdo.

***

¡Caramba, qué frío estaba aquello! Más frío, realmente, de lo que jamás hubiera podido imaginarme posible. Incluso ere demasiado frío para temblar. Era un frío de chaqueta de acero, como la helada tenaza de la misma muerte. Y fue precisamente aquel frío el que me proporcionó el remedio contundente que tenía que curarme o matarme; lo que me hizo salir del estado comatoso en que me encontraba, y me dió una breve y falsa sensación de que todavía seguía perteneciendo al mundo de los vivos.

Pero los vivos no se veían allí por ninguna parte. Me acordé de las palabras de Vishna: «…ponle en la nevera como, los demás». Los demás estaban allí. Bose Andrevitch era uno de ellos, y el más recién despachado era «Small» Tom, «The Dip», también presente a mi lado. Asimismo me acompañaban «Canary» Joe y Slab Kelly y otros cuatro o cinco personajes del mundo del crimen, bastante conocidos, que hacía poco habían desaparecido de la circulación.

Entonces comprendí el modo en que Platón Vishna aumentaba la «exigua» renta que recogía con los legados y el robo de las tumbas. Así era como tenía bajo su yugo a todos los trágicos personajes de la ciudad, tal como me había dicho «El Senador». Se encargaba de recibir los fiambres que sobraban a los criminales… para guardarlos en hielo y ejercer así un chantaje permanente sobre los asesinos, segura como estaba de que la prueba de sus delitos estaba conservada en su depósito mortuorio a bajo cero.

En la cámara frigorífica no había ventana alguna; sólo la puerta de sólido acero, que se abría por fuera. Aparte de los rudimentarios túmulos mortuorios, y los tubos cubiertos de una costra de hielo que rodeaban la pieza, ésta estaba totalmente vacía. Pero, no; había otra cosa… nada menos que un arca de pared. El mueble parecía ser de una solidísima construcción. Traté de quitarme mi uniforme particular, en parte para poder echar una ojeada mejor al arca, y también porque creía llegada la hora de efectuar un poco de ejercicio si quería seguir viviendo en aquella tumba de la edad del hielo. Pero en aquel mismo instante oí el chasquido de la llave en la cerradura



—Disparé contra el tipo que pugnaba por meterse en el "Cadillac" ya en marcha

de la recia puerta de acero. Inmediatamente cerré los ojos de nuevo.

Oí cómo abrían la puerta y, a continuación, unas leves pisadas femeninas en la habitación. Luego se oyó el rumor de una respiración fuerte y temblorosa a causa del frío, y el ruido de pestillos que caían en su sitio al tiempo que una mano hacía girar el disco de la cerradura del arca. Abrí un ojo, y vi la dama de los brazaletes, la alta sacerdotisa del culto de Platón, manejando la combinación del arca. Algo en su actitud y sus movimientos apresurados me decía que su dueño no sabía lo que estaba haciendo, y que se pondría algo más que furioso si llegaba a descubrirlo.

Me levanté de pronto, y la saludé:

—¡Hola, angelito mío!

Bueno, si ustedes han oído alguna vez hablar a un cadáver comprenderán la sensación que experimentó en aquellos momentos la dama de los brazaletes. Se

paró come si el frío le hubiese penetrado en la sangre y en los músculos, dejándola helada súbitamente. Su boca estaba abierta. Sólo los ojos se le movían, rodando y rodando de un lado a otro.

—¡Tranquilízate! —exhorté, con voz débil—. No estoy muerto; únicamente agonizando…

La mujer suavizó su tensión, y me miró con detenimiento. Supongo que debía de ofrecer una visión nada agradable en aquellos instantes. En el rostro de la vieja vi reflejado algo que semejaba compasión.

—Sácame de aquí —le dije—. Si no, le diré a Platón que te he sorprendido metiéndole mano a su arca de caudales.

Le dama empezó a venir hacia mí, pero yo meneé la cabeza y me cogí al mismo tiempo con ambas manos el estómago que empezaba a dolerme otra vez horriblemente.

—Antes abre el arca —indiqué—; tengo curiosidad por ver lo que hay dentro.

La dama se volvió hacia la caja, y dio un par de vueltas más al botón. Abrióse la puerta, y vi lo que esperaba ver: las auténticas, las genuinas joyas de los Van Luwen.

—Menuda jugarreta que le estás preparando al jefe, ¿eh? —le espeté.

La pellejuda dama movió la cabeza, asintiendo:

—Al principio creía en él —me explicó a continuación—; así era de tonta. Trabajé para él… le dediqué toda mi vida. Y luego descubrí que era un estafador vulgar, un salteador de bancos. Pero había ido demasiado lejos a su lado. Me enamoré de él perdidamente. Comprendía toda la falsedad de su tinglado religioso, pero entonces ya no me importaba. Fué más tarde cuando descubrí todo esto… —aquí la dama señaló la frigorífica sala mortuoria con un amplio gesto, y continuó diciendo—: Esto era demasiado; anoche decidí marchar de aquí como sea.

—Pero no con las manos vacías —comenté yo.

La mujer miró las joyas que tenía en la mano.

—Tenía derecho a ello —se limitó a decir.

Eché una mirada al interior del arca.

—¿No es un revólver lo que estoy viendo allí? —le pregunté.

Ella movió la cabeza, afirmativamente.

—¿Cargado? —inquirí de nuevo.

—Sí.

—¡Dámelo!

Ella lo cogió del arca y me lo trajo hasta donde yo estaba tendido.

—Yo ya tengo uno en el bolso —me dijo.

—Perfectamente; vámonos, pues. Ayúdame a salir de esta camilla.

La dama me pasó su brazo de araña por detrás de mis hombros, y me ayudó a incorporadme en el suelo. Yo saqué las piernas balanceando sobre el suelo, y probé de sostener en ellas el peso del cuerpo. Me hicieron el efecto de unas piezas de cordón masticado, pero, aunque a duras penas, logré sostenerme en ellas, apoyado en el brazo de la sacerdotisa. Así avancé hacia la puerta abierta.

Estábamos cerca de ella cuando de repente, apareció Platón Vishna. Quedó plantado en el umbral, con un aspecto realmente trastornado.

—¡Hildegarde! —exclamó.

Eché mano al revólver que había deslizado en mi bolsillo, pero mis reacciones eran terriblemente lentas. Platón, en cambio, ejecutó rápidamente el gesto de sacar un arma del bolsillo trasero del pantalón. Hildegarde prorrumpió en un alarido, y me soltó. Caí como un saco vacío en el suelo, al tiempo que Vishna disparaba. Sin dejar de chillar, asustada, Hildegarde cayó a mi lado,

derramando los diamantes que llevaba en las manos. Platón apuntóme de nuevo con el revólver cuando, de pronto, se produjo un estruendo al otro extremo del corredor, detrás de él. Se volvió justamente a tiempo para ver a Fatso y al «Senador» que le apuntaban con sus armas. Platón se arrojó hacia el otro lado del corredor, disparando el revólver y dando al mismo tiempo un empujón a la puerta de la cámara frigorífica. Yo vi cómo se deslizaba hacia su quicio, dejándome otra vez dentro. Traté de arrastrarme para impedirlo, aunque sabía que no podría llegar. La pesada puerta se iba cerrando lentamente pero con firmeza. Mi mano, abierta como una garra, cayó sobre algo: el collar de diamantes de *Mistress* Van Luwen. Débilmente lo lancé hacia la puerta, con la esperanza de lograr que no se cerrara totalmente. El collar quedó, como un carámbano roto, mitad fuera mitad dentro de la cámara frigorífica. Luego la puerta acabó de cerrarse. Oí cómo la cadena de platino se quebraba, mientras la puerta nos encerraba a Hildegarde y a mí junto con la mitad de un collar de diamantes.

Difusamente llegaba a mis oídos el eco continuado del tiroteo que tenía lugar en el exterior. Duró por espacio de cinco minutos aproximadamente. Al fin reinó el silencio otra vez. ¡Todo pareció haber terminado… al menos para mí! De pronto, ante mi indescriptible alivio, oí ruido en la cerradura de la puerta otra vez. Se abrió, y en la rendija apareció el carnoso rostro del «Senador». Atraído por el brillo del collar de diamantes, abría la puerta para hacerse con el resto. Agachóse codiciosamente para recoger la otra mitad. No le molesté hasta que estuvo bien agachado. Entonces le metí una bala en el centro de la cabeza, y no me importa decir que encontré cierta satisfacción en ello. El miserable cayó de bruces, sin hacer ruido, y su cuerpo impidió que la puerta volviese a cerrarse.

Lentamente y temblando, logré ponerme en pie y llegué hasta la puerta para mirar al exterior. En el centro del pasillo, Fatso yacía sobre un charco de su propia sangre. No se veía rastro de Vishna. Recogí el resto de los diamantes, y me los metí en el bolsillo. A continuación inicié el largo y penoso viaje a través del corredor hasta salir a la calle.

El automóvil del «Senador» estaba estacionado al lado de la acera. Nadie había en él. Al parecer Fatso era el único satélite que le quedaba a Grant Rumbold después de la batalla sostenida con las huestes de Nick Barion. Y ahora Fatso y Grant estaban muertos.

Subí como pude tras el volante del magnífico «Cadillac», y apreté e1 botón de arranque. Reconozco que debía de estar loco. Lo que entonces tenía que haber hecho era dejarme caer en la primera puerta, y hacer que me llevasen a un hospital. Tenía que haber dejado a O'Rourke la misión de liquidar el caso. Y tal vez habría sido mejor haber obrado así. Pero tenía la sensación de que lo que faltaba todavía por hacer, era algo que me afectaba de un modo estrictamente personal. Era el último acto de un drama, cuyos tres personajes supervivientes éramos Vishna, Fey y yo. No quedaban ya otros comparsas en la lista.

Dirigí el coche hacia la residencia de Fey. El portero estaba en el vestíbulo. El hombre me conoció estaba acostumbrado a mis frecuentes entradas y salidas del *Belvoir Arms*. En aquellos momentos le odiaba a él y a su afable sonrisa; el individuo representaba un tiempo en que yo era feliz allí, con una felicidad que había muerto y estaba enterrada por culpa de una vieja señora que no chilló mientras caía de la ventana de un piso 25 a la calle.

El portero me advirtió:

—*Miss* Fey no está en su apartamento, señor —a continuación, al ver como yo me doblaba con las manos en el vientre, se mostró preocupado, y me

pregunté—: ¿Quiere que llame en seguida a un médico?

Yo moví la cabeza, negativamente.

—¿A dónde ha ido? —pregunté.

—No lo sé —repuso el portero—. Hace cosa de unos diez minutos que salió acompañada de un individuo muy alto. Llevaba barba.

Regresé al coche con paso vacilante. Ahora no podía hacer nada más. Era cuestión de ir al hospital y avisar a los policías. En este mismo instante se oyó un chirrido de frenos, y una furgoneta que me era familiar paró a mi lado. Nick Barion y uno de sus adláteres saltaron al suelo y abrieron la portezuela del «Cadillac».

—¡Ven acá, piojoso…! —empezó diciendo Nick. Luego al reconocerme, exclamó—: ¡Caramba! ¡Si será mi viejo amigo, el periodista! ¿Qué diablos estás haciendo con el carro del «Senador»?

—«El Senador» está muerto —le anuncié—. Y también su mano derecha: aquel tío gordo.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Barion—. ¡El canalla, el cobarde y traidor fanfarrón!

—¿Por qué estás tan rabioso contra él? —inquirí.

—Tenía un compromiso con «El Senador» —explicó Barion—. Después de la pelea que tuvimos, preparamos la entrevista con eso que suele llamarse mensajeros diplomáticos. Los dos estábamos convencidos de que aquel granuja de Vishna nos despacharía cuanto antes; ¿comprendes? Además, el canalla nos estaba haciendo chantaje por algunos favores que nos hizo tiempo atrás. Por eso acordamos que «El Senador» y yo llevaríamos conjuntamente a cabo la empresa de liquidar a *Mister* Vishna y repartirnos les diamantes Van Luwen, si podíamos dar con ellos. Y ahora veo que el traidor se me ha adelantado, al verte a ti en su coche he pensado que eras uno de su cuadrilla.

—Entonces, ¿has estado en los «Jardines de los Benditos»? —le pregunté.

—Claro que sí; ahora vengo de allí —repuso él—. Y nos hemos, encontrado con que los diamantes habían volado.

—Se los llevó Vishna —dije yo—. ¿No tienes idea del lugar en que puede esconderse?

«Flash» Nick cerró un poco los ojos.

—¡Seguro que sí! —exclamó—. Estará en la vieja torre de observación, abajo en el río. Aquél era su escondite predilecto cuando no era más que un triste quincenario… antes de que se le ocurriese convertirse en «El Uno».

La breve alusión al pasado de Vishna tenía cierto interés para mí. Nick se volvió hacia su automóvil.

—Voy por él —anunció.

—¡Déjame que te acompañe, Nick! —le pedí.

—No estás en forma ahora —me dijo, mirándome con extrañeza.

—No importa —insistí—. Quiero hacer algo antes de morir. Déjame ir contigo. Puede que te resulte de utilidad para tus fines.

Nick se encogió de hombros.

—Muy bien —transigió—. Por el camino puedes explicarme ese capricho tuyo.

Me hizo sentar en la parte trasera de su furgoneta y me dió un vaso de *whisky* de una garrafita que tenía siempre a mano. Nick tenía todos los instintos de un caballero. Era uno de mis granujas favoritos. El *whisky* no era precisamente la clase de licor que un doctor habría recetado para un hombre en mi estado; de todos modos me hizo bastante bien. A continuación traté de fumar un cigarrillo, y me sentí mucho mejor de lo que me sentía desde hacía

muchas horas.

—Escucha —le dije, al cabo de un rato—. Ese Vishna es un criminal en fuga. Si eres tú el que le pisa los talones, no lograrás otra cosa que una nueva batalla campal entre «gangsters», desde el punto de vista de la policía, además de que tú la puedes diñar en el jaleo. En cambie, si soy yo el que le mete mano, tú quedarás a salvo: además, para mí es una cuestión de honor y de gloria.

—¿Y las joyas, qué? —preguntó Nick.

—Yo procuraré que vayan a parar a tus manos igualmente —le prometí—. Déjame a ese Vishna para mí solo, Nick. Es un asunto puramente personal.

—Bien, como quieras, pues —accedió Nick, haciendo gala nuevamente de sus instintos caballerosos.

El hombre de Nick nos condujo fuera de la ciudad por un desértico trecho de terreno llano que se extendía a lo largo del río. A mitad de la distancia, el paisaje se interrumpía por una torre sostenida por columnas. Frente a ella se veía un automóvil parado.

—¡Ahí está! —exclamó Nick—. Y apostaría diez contra cinco a que Vishna está dentro!

La torre había sido construida por la «Mississippi Conservation Authority» para la observación de crecidas del río, con posterioridad, fueron levantados otros edificios más modernos, un trecho más abajo del río. La torre en sí consistía una pequeña pieza octogonal, de cemento, que se levantaba a unos 25 pies sobre una plataforma de acero. Una escalera de caracol llevaba hasta otra plataforma en lo alto, rodeando la torre por el exterior.

El edificio no tenía más que una puerta, y se veían cuatro ventanas en él.

El hombre de Nick nos condujo hasta muy cerca del edificio. Yo me apeé en seguida, pero me mantuve resguardado por la furgoneta.

—¡Vishna! —grité—. ¿Vas a salir de ahí, o tendré que subir y sacarte yo?

No se oyó respuesta alguna. Eché a correr, aunque con paso incierto, hasta la base de la torre. En lo alto restalló una detonación. Una bala acababa de clavarse en la tierra apretada y reseca, detrás de mis talones. Ahora me encontraba debajo mismo de la torre, entre las columnas que la sostenían. No podía ver a Vishna, ni él tampoco podía verme a mí. El piso de la cámara de observación estaba situado entre los dos. Además, yo estaba fuera del alcance del fuego que pudiera hacerse desde cualquiera de las ventanas.

Puse el pie en el primer tramo de la escalera da espiral.

—¡Subo por ti, Vishna! —le anuncié.

Entonces llegó su grito de respuesta:

—¡Aquí arriba tengo a Fey, Drayton! ¡Si das un paso más, la derribo de un tiro!

CAPÍTULO X

Me acordaba de cosas… cosas de las cuales no me habría acordado en otras circunstancias. Me acordé de las veces en que Fey y yo habíamos sido felices;

horas en que lo que había entre los dos significaba realmente algo. Y me acordaba de cuando me miraba a los ojos y me declaraba: «No entiendo una sola palabra de lo que me dices». Y yo contestándole: «Si un día llegase a descubrir que me has estado tomando el pelo, no sentiría por ti más piedad de la que pudiera sentir el más endurecido de loe criminales».

En aquellos instantes no quería llegar al fin de lo que era irremisible terminar. Pero había pronunciado ya aquellas palabras de reto, y yo no soy de los que se vuelven fácilmente atrás de lo que han dicho. Ojalá fuese como ellos. El mundo sería un lugar más feliz si existiesen menos individuos de éstos que insisten en llevar a la práctica lo que han prometido, solamente porque lo han dicho; si mayor número de gente se diese cuenta de que es inherente a la naturaleza humana el equivocarse un poco en cada una de las decisiones que uno toma. Pero un individuo de mi profesión ha de ver la vida en blanco y negro. Es fatal que existan dos aspectos de cierta cuestión: policías y ladrones; santos y pecadores. Blanco y negro. En cuanto uno empieza a ver cosas en diversos matices grises, ya no es capaz de tomar decisión alguna. La vida se convierte entonces en un interrogante, del que jamás encontrará la respuesta.

Yo la encontré entonces para mis dudas. Saqué los diamantes Van Luwen del bolsillo, y los arrojé hacia la furgoneta, gritando:

—¡Nick ahí va eso! Gracias por el paseo en tu cacharro!

Nick cogió las joyas y quedó mirándolas, intrigado. A continuación masticó alguna maldición, pero con una sonrisa maligna en la cara. Volvió al vehículo y después de hablar con el conductor, éste dio la vuelta a la furgoneta con gran rapidez, describiendo un ancho círculo sobre el terreno reseco y emprendió el regreso a la ciudad roncando estrepitosamente. «Flash» Nick ya tenía lo que había motivado su viaje. Ahora regresaba a su guarida.

Con su partida quedaban en escena una antiestética torre sobre una llanura, dos individuos y una dama. Y una atmósfera mortífera tan densa y tan cercana, que no hacía falta más que alargar la mano para tocarla. Subí hasta el segundo tramo de la escalera espiral.

Puse el pie suavemente sobre el peldaño de acero. No quería anunciar el momento exacto de mi llegada con una fuerte pisada. Silenciosamente subí hasta la mitad del tramo siguiente.

De pronto sonó la voz de Vishna. Era una voz con una aguda arista, como si el silencio que había seguido a la ruidosa partida de la furgoneta se le hubiese puesto en los nervios.

—¡Si te acercas un solo paso más, disparo sobre la dama! —gritó.

Tuve que arrancar la respuesta del fondo de mi corazón, por las raíces.

—¡Por mí puedes matarla cuando quieras! —grité—. Esto es el fin. ¡Se acabó todo!

Me padeció oír una especie de sollozo ahogado que venía de Fey. Pero tal vez iba equivocado. Acaso era uno de los pájaros que revoloteaban muy bajo por la llanura, emitiendo sus gritos ante la triste soledad de aquel paisaje trágico.

Continué trepando, consciente de que me acercaba a la tragedia. No era solamente el saber que uno de los tres —si no todos— estaría muerto a no tardar. Era algo más hondo que eso. Y más triste. Algo que vibraba en la fría brisa de la tarde gris. Notaba que me sentía empujado por fuerzas que no comprendía. Y continué subiendo.

La escalera desembocaba en la plataforma en la parte trasera del edificio, donde no había ventanas. Al poner el pie en el rellano, me apoyé en la baranda

para descansar y recobrar aliento. Llevaba la mano izquierda puesta sobre el estómago, tal como venía haciendo desde hacía dos horas. Era como si la mano la tuviese enganchada allí con garfios. Estaba cubierta de sangre. El ascenso había agitado en mi interior algunas cosas, rompiendo carne y tejidos. Perdía mucha sangre, de modo que en aquellos momentos sabía, mejor que cualquier doctor podía habérmelo dicho, hasta cuándo podría sostenerme sobre los pies. No tardaría mucho en desplomarme.

Había sido solamente el furor lo que me había tenido en pie hasta entonces. No furor en contra de Fey, ya. Ella era únicamente un símbolo ahora. Un símbolo que representaba la felicidad que había gozado y que resultaba ser una ilusión, un engaño. Era rabia contra mí mismo por haberme dejado seducir por sus encantos: rabia contra el pasado, por resultar falso ante el horrible presente. Mientras me separaba de la baranda, sentía unas ganas locas de matar. Matar el espectro de la felicidad pasada, que me hacía muecas burlándose despiadadamente de mí.

La puerta estaba en la parte delantera de la torre. Por cualquiera de las dos direcciones que fuese a ella, tenía que pasar por delante de dos ventanas. Escogí el lado izquierdo. Al llegar casi frente a la primera ventana, me agaché, apoyándome de manos y rodillas en el suelo, avanzando de este modo. Así llegué hasta la segunda ventana. De pronto se abrió la vidriera, y al mismo tiempo el rostro de Vishna y la mano que empuñaba el revólver. Disparamos. Los dos al unísono, y él se retiró hacia dentro como si se hubiese contraído el muelle que le impulsaba. Su bala dió en el pasamano de la baranda. Yo me lancé entonces rápidamente hacia la parte delantera de la torre.

Aquella era la meta de mi viaje. Estaba de pie en la angosta plataforma, frente a la parda llanura de tierra recocida por el sol, apoyado en la baranda y con la vista fija en la puerta de madera que tenía delante de mí, como si, al mirar en ella bastante rato, pudiese derretirla y ver así lo que ocurría dentro.

¿Qué era lo que ocurría realmente? Estaría Fey al lado de Vishna con un revólver apuntado a la puerta, aguardando a que yo apareciese para disparar contra mí? ¿Estaría en brazos de Vishna, besándole para desearle suerte antes del momento final? ¿O estaba tal vez pensando que, aun en el caso que me hubiese traicionado a plena conciencia, algunas de las cosas que nos habíamos dicho los dos, no estaban por entero desprovistas de dignificado?

Levanté mi revólver y coloqué cuatro balas en el pestillo de la puerta. El hierro quedó deshecho en infinidad de fragmentos. La puerta se abrió lentamente. Vishna apareció enmarcado en ella, con el revólver a la altura de la cintura, empuñado holgada pero firmemente. Fey estaba de pie a su lado, mirándome. En sus ojos había una expresión que en aquellos momentos no pude comprender del todo, y que no puedo olvidar por mucho que me esfuerce en ello. Su cara, con aquella expresión, se interpone todavía hoy entre yo y las cosas que estoy haciendo; brota ante mis ojos en los lugares donde menos lo espero, y en los instantes más extraños. Pero entonces no la comprendí.

Toda aquella escena duró menos de un cuarto de segundo, pero mis ojos, en aquel momento, eran como el objetivo de una máquina fotográfica: registraban continuamente todos los detalles que veían en aquel instante fugaz. Incluso recuerdo el viejo almanaque de pared de cinco años atrás, clavado con unas chinchetas detrás del hombro de Vishna, y la desgarrada tela de araña que colgaba frente a la ventana rota, y también la gorda araña que corría frenéticamente sobre las ruinas de su hogar.

Supongo que mi intención había sido matarles a los dos. No lo sé. Cuando la puerta se abrió, mi revolver estaba apuntando a Fey. Pero no apreté el gatillo. El cañón del arma osciló hasta enfocar a Vishna. Y en aquel momento fué

cuando él disparó. En el preciso instante anterior a su gesto, las rígidas facciones de Fey se quebraron. Emitió un grito confuso, parecido a «¡Ricky!», y se arrojó encima del revólver de Vishna. La bala le penetró en el costado y su cuerpo se vió lanzado frente a él, yendo a caer con las extremidades abiertas en una postura grotesca en el umbral, entre los dos. Antes que Vishna tuviese tiempo de disparar otra vez, le coloqué una bala entré los ojos. Sin el menor gemido, su cuerpo se desplomó pesadamente, cruzado con el de la dama.

El final había llegado. Y justamente a tiempo. El dolor y la negrura que me habían estado atenazando, se apoderaron entonces por completo de mí como una serie de oleadas sucesivas, irresistibles. Inmediatamente me abatí como un hombre que está ahogándose. Quedé tendido sobre la plataforma, mientras los pájaros, que habían huido despavoridos al estallar el tiroteo, volvían a posarse de nuevo sobre la tierra ahíta de sol, alrededor de la base de la torre.

CAPÍTULO XI

Una corpulenta figura se perfiló delante de mí, y alguien preguntó:

—¿Está vivo todavía?

Fué la voz de O'Rourke la que contesto:

—No le debe sobrar mucho. Lo que no comprendo es que haya podido llegar tan lejos.

A continuación, unos brazos me levantaron. Las brumas se cerraron nuevamente a mi alrededor, y el recuerdo de lo que siguió a continuación, es el de un panorama blanco y frío. Después, una leve figura a mi lado, vestida en blanco y azul. Poco a poco logré enfocarla: era una pequeña morena de nariz respingada y vistiendo el uniforme de enfermera. Traté de incorporarme en la cama y quise decir algo, pero ello significaba para mí un esfuerzo considerable. Una delicada mano reposaba sobre mi hombro, ejerciendo presión para impedir que me levantara.

—Descanse —dijo una voz fría y suave—. Tranquilícese. Ha estado usted muy enfermo. Ahora ha pasado el peligro, pero le conviene descansar.

Me acercó un vaso a los labios y un líquido dulzón se deslizó por mi garganta. Una mano me acarició la frente, y quedé pronto dormido.

Al despertarme de nuevo, me encontré con la cabeza despejada y me vi capaz de reconocer mis alrededores. Estaba en una sala de hospital, y la misma enfermera estaba plantada al pie de la cama. Cuando levanté los ojos hacia ella, me correspondió con una dulce sonrisa, cálida y afable. A pesar de la hostilidad con que yo la miré, ella dió la vuelta a la cama y se acercó a mi lado.

—¿Se siente mejor ahora? —preguntó.

Moví la cabeza en asentimiento.

—Estaba usted en un estado muy grave —prosiguió la enfermera—. ¡Y cuánto deliraba! Habló hasta per los codos. Tengo la impresión de que usted debe de ser un hombre muy interesante, Mr. Drayton.

No pude evitar fijarme en el modo en que la sonrisa le llegó a los ojos. Estos se cerraron muy ligeramente, y la sonrisa le arrugó las comisuras. A pesar de

mí mismo, le pregunté:
—¿Cómo se llama?
—Marie —contestó la joven. Y luego añadió—: Afuera hay un par de hombres que desean verle. ¿Se siente usted en condiciones de recibirles?
—¿Policías? —inquirí.
Marie hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.
—¿Está usted complicado en algo? —se apresuró a preguntarme.
—Que yo sepa, no —contesté—. No, por lo menos con los policías no tengo complicación alguna. Mi complicación no es con ellos.
En efecto, mi conflicto estaba relacionado con una dama que había pronunciado mi nombre arrojándose a continuación delante de la pistola de un criminal… Una dama que me puso en ridículo representando un doble papel, y poniéndome en una situación aun más delicada al obrar con sinceridad al final.
—Haga entrar a los policías, por favor —indiqué.
La enfermera abrió la puerta. O'Rourke y Sam Bolsover entraron impetuosamente.
—Desde luego. Drayton, has cerrado el caso —afirmó O'Rourke.
—No sé si la memoria me está haciendo una jugarreta —dije yo—, pero afirmaría que te vi en lo alto de la torre de observación, poco después del jaleo de tiros.
—En efecto —repuso el policía—. Recibimos una información anónima, advirtiéndonos que estabas liado con Vishna allí arriba.
Pensé que se trataría de «Flash» Nick y sentí agradecimiento por él. De no haber sido por aquella llamada, los pájaros estarían a estas horas picoteándome los huesos. Me volví hacia Sam, y le pregunté:
—¿Reconociste a tu Joan Harper… la falsa doncella de la casa Van Luwen?
Sam parecía intrigado.
—No vi a ninguna Joan Harper —replicó.
—La rubia, hombre —le dije, con impaciencia—. Fey Singler. Imagínatela con una peluca negra y un maquillaje moreno. Era tu dama… Estaba aliada con Vishna desde el principio.
Sam meneó la cabeza.
—Ella no era así —declaró—. Tenía un tipo totalmente distinto. Siento desilusionarte, compañerete, pero Joan Harper está todavía en la lista de los reclamados.
—Entonces, debe de haber habido alguna fémina más —respondí yo—. De todos modos, vosotros teníais razón al acusar a Fey de haber empujado a su tía por la ventana. Si no se hubiese puesto delante del revólver de Vishna habría tenido que pagar con la muerte por aquello.
—Me avergüenza reconocerlo —terció O'Rourke—, pero en el caso de Fey fuimos nosotros los que íbamos equivocados, y tú el que estaba en lo cierto. ¡La muchacha era totalmente inocente!
Me sentí apresado por una sensación de horror, que avanzaba sobre mí a medida que O'Rourke se iba explicando:
—Uno de nuestra patrulla llegó a los «Jardines de los Benditos» poco antes de que Hildegarde, la sacerdotisa, muriese. La vieja dama hizo plena confesión de haberse escondido en un armario de escobas en el último piso del *Belvoir Arms*, y dió el empujón a *Miss* Lightbody cuando la vieja salía del apartamento de Fey. Fey no tuvo absolutamente nada que ver con el asesinato. Era una víctima por completo inocente de todo el asunto.
—¡Pero si iba con Vishna cuando el canalla se fugó! —protesté yo.
—Lo sé —repuso O'Rourke—. Vishna tenía miedo de que tú todavía le persiguieras. Sabía que querías entrañablemente a Fey, y se llevó a la

muchacha como una especie de rehén. Se figuró que no irías por él, si tenía a Fey encañonada.

—Pero a ti la amenaza no te hizo mella —terció Sam con renuente admiración—. Oye, Ricky: ¿qué tienes en lugar de corazón: un ladrillo que se mueve como un péndulo?

—Yo creí que me había traicionado —murmuré.

Recordaba ahora el grito que había lanzado Fey y que podía haber sido un sonido gutural producido por una de las aves acuáticas que revoloteaban por allí, cuando, a mitad de mi ascensión, di una respuesta brutal a la conminación de Vishna.

—Pues la chica te salvó la vida; ¿no es así, Ricky? —preguntó O'Rourke, suavemente

Volví la cabeza y hundí el rostro en la almohada.

—¡Por Dios, salid de aquí! ¡Dejadme solo! —grité exasperado.

Me los estaba imaginando mirándose uno a otro con un ceño de estupor en sus frentes obtusas y honestas. Me figuro a O Rourke encogiendo sus recios hombros, y apuntando un pulgar hacia la puerta. Y oía sus pisadas alejándose y la puerta cerrándose tras ellos.

Después noté una mano suave en mi hombro y la dulce voz de Marie que me decía:

—No te lo tomes demasiado a pecho, muchacho valiente. Todos cometemos errores.

¡Oh, seguro que sí! Todos cometemos errores. Algunas personas se equivocan al montar un caballo que no es para ellos, se les escapa el tren, o compran una corbata que no les hace juego con su traje. Y algunas otras personas cometen errores tan grandes, que toda una vida es un lapso demasiado corto para poderlos olvidar. Esta clase de error se origina en el hecho de que uno es demasiado terco para reconocer que alguien o algo es decente cuando supone que no lo es. Eso proviene de conocer todos los aspectos de una cuestión y ninguna de las respuestas relacionadas con la misma. Proviene de la falta de fe.

***

Mi herida fué cicatrizándose por completo. Pero la que llevaba en el alma, continuaba abierta, viva. El agujero de la bala en mis intestinos había sido posible curarlo con el tratamiento médico moderno, de modo que mi fuerza perdida fué recobrándose gradualmente bajo los cuidados pacientes y cariñosos de Marie. Pero no había ningún doctor ni enfermera alguna que pudiese hacer absolutamente nada en relación con el agujero que la bala del revólver de Vishna — la bala que había matado a Fey — había producido en mi alma.

Marie solía darme píldoras para hacerme dormir, y creo que se pasaba a veces muchas horas al lado de mi cama, enjugándome el sudor de la frente mientras yo me agitaba en horribles pesadillas; una pesadilla que era siempre la misma. Una vez me desperté gritando, y me encontré a Marie que me tenía cogido de la mano. La muchacha se inclinó sobre mí, y me acarició la frente con una mirada tierna en los ojos. No obstante, en aquellos instantes creí que jamás desearía volver a ver una mirada como aquella en los ojos de ninguna mujer.

—Proporcionóse un respiro —musitó—. Y démelo también a mí. El amor no se ha terminado para usted. La vida sigue su curso.

—¡Déjame solo! —exclamé—. ¡Vete de aquí, Marie!

Un par de días más tarde, se me permitió la salida del hospital. Me tomé una semana de permiso por convalecencia: me fui a pescar. Pero la soledad del lago y la silenciosa barraca donde me cobijaba me resultaron irresistibles, de modo que a los tres días me encontraba ya otra vez ante mi mesa de trabajo. Al llegar a la oficina, fui llamado por Reagan.

—O'Rourke ha estado preguntando por ti todo el día —dijo—. Ha dicho que se trataba de algo relacionado con un jaleo de tiros en los barrios bajos. He mandado allí un par de hombres para el reportaje, pero O'Rourke me ha dicho que si tú asomabas la nariz por aquí, la información sería reservada especialmente para ti. Será mejor que te llegues a ver qué ocurre.

Mi jefe me dió el nombre de una calle no lejos del muelle. Subí a mi descapotable, y me dirigí hacia allí.

Se trataba de una calle sin salida. A su entrada vi a O'Rourke de pie ante un coche oficial. Más abajo, hacia el fondo de la callejuela, había otro coche tras el cual se parapetaban varios policías. De vez en cuando uno de ellos disparaba hacia una ventana fortificada en lo alto de un viejo caserón que parecía sostenerse por casualidad. Y de vez en cuando el hocico de una pistola ametralladora asomaba entre las tablas de encima del alféizar y escupía una ráfaga de plomo que obligaba a los policías a echarse de barriga debajo de los coche.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté—. ¿Algún guapo acorralado?

—Una guapa, en todo caso —dijo O'Rourke—. ¡Se trata de Joan Harper, alias, Janine Vishna!

—¡Vamos, no desatines, por favor! —le supliqué.

—Hemos ido detrás de esa joya durante varios meses —explicó O'Rourke—. De pronto, nada menos que Sam Bolsover dió con ella en una feria callejera, un día que no tenía servicio. La siguió hasta su apartamento, pero cuando fuimos allí, encontramos la casa vacía. Registramos sus habitaciones, y pudimos comprobar que estaba secretamente casada con Platón Vishna. Le seguimos la pista, se defendió a tiro limpio y, al fin, pudimos acorralarla aquí. Este fregado dura desde primeras horas de la mañana.

Miré hacia el fondo de la calle.

—¿Por qué no la atacan subiendo por las escaleras? —sugerí.

—¿No has visto que tiene una pistola ametralladora? —contestó O'Rourke preguntándome a su vez. Luego dijo lacónicamente—. Además está muy bien fortificada.

—¿No se podrían utilizar gases lacrimógenos? —insistí.

—Imposible. ¡Tiene un puñado de criaturas que hizo subir desde el piso de abajo!

En aquel preciso instante, una italiana de media edad, vino gesticulando hacia O'Rourke.

—¡Retire de ahí a sus hombres! —gritó, en tono de súplica—. ¡Me matarán a todos mis *bambini*!

—No se preocupe, señora —repuso el policía— mis hombres tienen instrucciones para disparar solamente cuando vean la cara de Mrs. Vishna.

—¡No, no! ¡Me los matarán! ¡Me los matarán! —repitió la señora, entre sollozos.

—Dame un revólver —le dije a O'Rourke—. ¡Voy por ella!

—¡No seas loco! —exclamó O'Rourke—. ¡Te matará!

Probablemente tenía razón, pero no me importaba. Algo tenía que sacrificar para arrancar de raíz aquella pena horrible que me estaba royendo el corazón y el alma desde que me había enterado de lo de Fey. De pronto tuve la

certidumbre de que si, personalmente, con mis propias manos, podía quitar la vida a aquella dama de Vishna, la víbora que había cometido el crimen del que yo había acusado a Fey, entonces consideraría liquidada la cuenta pendiente. Sólo entonces podría dormir tranquilo otra vez.

—¡Dame un cacharro! —repetí.

O'Rourke meneó la cabeza, negativamente. Me acerqué a él, y le di un puñetazo a la boca del estómago. Completamente desprevenido dobló el cuerpo ante el golpe. Cuando se enderezaba otra vez, con el rostro amoratado por la rabia y el dolor, su revólver estaba en mis manos. Le encañoné, diciéndole:

—Siento tener que utilizar este procedimiento, pero te conviene no oponerte a mis propósitos. Esto ha de ventilarse entre Janine Vishna y yo.

Y podía haber añadido: «Y Fey». Lo cual habría sido verdad.

Me dirigí hacia el fondo de la calle.

—¡Te matará! —gritaba O'Rourke, desesperado—. Y si no te mata, tendré que empapelarte por asesinato. ¡Tú no eres agente de la autoridad… no tienes derecho a matar a esa mujer!

No aguardé oír más. Eché a correr por la acera, pegado a las casas hasta que llegué al portal del edificio en que se encontraba Janine Vishna. Los policías del otro lado de la calle me gritaron para que retrocediese, pero yo no les hice caso. Atravesé el vestíbulo y subí el primer tramo de la escalera.

Me detuve en el rellano. Quedaba otro tramo que subir. Estuve mirando hacia arriba, al rellano correspondiente a la puerta que buscaba. La puerta tenía un panel hundido a través del cual se veía una barricada de muebles y objetos caseros. De pronto vi que el hocico de la pistola ametralladora se asomaba por la brecha, justamente a tiempo para que pudiese dar un salto hacia el barandal, deslizándome por él hasta quedar fuera de su alcance.

Estaba claro que no había manera de atacar la fortaleza directamente. Detrás de mí había una ventana que daba a la parte trasera de la casa. La abrí y miré hacia arriba. Una tubería de desagüe subía hasta el techo del edificio. Decidí probar suerte. Me puse el revólver de O'Rourke en la cintura y me cogí al tubo agarrándome a los aros metálicos que lo sujetaban a la pared. La distancia a cubrir no era considerable, aunque el ascenso presentaba gran dificultad. Apoyándome en los aros y en algún que otro hierro empotrado en la pared, logré subir hasta una abertura circular que daba acceso al espacio vacío entre el tejado de la casa y el techo del piso donde se encontraba Janine con los bambini.

Entré por allí y me deslicé por el angosto lugar. El constructor había aprovechado el espacio. El techo estaba formado por vigas unidas entre sí por cañizo enyesado. Estuve muy quieto. Con mucha dificultad, a causa de estar tendido, saqué mi cuchillo de monte y hundí la hoja en el cielo raso. Lentamente lo moví hasta conseguir un agujero suficiente para poder mirar. Las criaturas estaban acurrucadas, en el rincón más alejado de la ventana. Eran tres: dos niños que no debían de tener más de tres años y una chiquilla que contaría alrededor de los seis, de ojos negros y largas trenzas, que cogía de las manos a sus hermanitos. Los pequeños lloraban desconsoladamente, a pesar de los esfuerzos que la niña hacía para animarles con voz temblorosa.

Janine Vishna estaba frente a la ventana, empuñando la pistola ametralladora. Era un bocado delicioso, según pude apreciar, de cabello negro y piel aceitunada, como Sam la había descrito. Mientras andaba nerviosamente de un lado para otro, podía apreciar perfectamente la tensión de sus músculos bajo el vestido; tenía los movimientos de una tigresa. Hubo una pausa en el tiroteo, que se había recrudecido cuando yo llegué al techo. La débil voz de la chiquilla llegó entonces basta mí. ¡La criatura estaba contándoles a sus

hermanitos un cuento de hadas!

A cierta distancia de mí, divisé una trampa que correspondía a la habitación próxima y diside la que podía subirse al tejado. No obstante, me bastaba ensanchar el agujero del techo y largarle una bala a Janine. Así la cuenta estaría liquidada de una vez. Me puse a trabajar de nuevo con el cuchillo. De pronto, un pedazo de yeso grande como una nuez, cayó al piso. El ruido sonó como un tiro de pistola a mis agudizados oídos. Janine se volvió rápidamente, levantó les ojos, pálido el rostro, tensas sus facciones y llameándole las pupilas como en un acceso de locura.

Traté de introducir el cañón del revólver por el agujero del techo, pero la angostura del sitio, con el tejado casi sobre mí, me impedía moverme con soltura. Cuando estaba pugnando para lograrlo, oí el tableteo de la pistola que echaba una rociada de plomo por el techo. Una línea de fuego corrió a lo largo de mi pierna y muslo izquierdos. Me arrastré hacia un lado y oí el seco chasquido que Janine producía al introducir un nuevo cargador. Apoyándome en los brazos y en la pierna sana, me arrastré hasta la trampa, que abrí rápidamente. Me arrojé por la abertura, cayendo a dar de bruces en el piso. Arrastrándome penosamente llegué hasta la puerta de la salita. Las criaturas lanzaron gritos de terror, Janine, momentáneamente inmovilizada por el inesperado ataque, forcejeaba nerviosamente con el mecanismo de su pistola. Levanté la mía y apunté.

De pronto comprendí que el matar aquella dama no solucionaría nada. El matar no es nunca ninguna solución. Las armas de fuego habían sido las culpables de que yo me hubiese metido en aquel lío, del que ahora me esforzaba por salir. Bajé el revólver y traté de incorporarme.

Apoyándome en una sola pierna me mantuve vacilante, mirando a Janine sin pestañear. Su boca se movía convulsivamente y echaba espuma por ella mientras se esforzaba por sacar el cargador atascado. De súbito vió que había conseguido herirme; sonrió tétricamente, cogió la pistola ametralladora por el cañón, y la blandió, descargándola de culata sobre mi cabeza.

Me aparté o, mejor dicho, caí hacia el otro lado y el golpe dió en el vacío. La cogí entonces por una muñeca y, pasándole el otro brazo en torno a los hombros, hice descansar todo mi cuerpo sobre ella, mientras continuaba luchando para arrebatarle el arma.

Era fuerte para ser una mujer, pero yo lo soy también por ser un hombre, aun cuando tuviese una pierna totalmente inutilizada.

Janine soltó la pistola. Yo noté que me tambaleaba, que caía, pero aun así logré arrastrarla a ella al suelo y le cogí los brazos, que le sujeté en la espalda con una llave de *judo*.

Me senté a su lado, mientras la tenía a ella de cara al suelo y pataleando desesperadamente. La tenía sujeta con tal firmeza, que me importaba peco que diese paladas al suelo hasta que reventara. Entonces me volví hacia la tierna chiquilla y me esforcé por sonreírle de un modo afable y tranquilizador.

—Corre —le indiqué—; ve a decirles a los policías que esto ha terminado, guapa.

La niña me devolvió la sonrisa, todavía temblando. Poco a poco se levantó, dejando a sus hermanitos en el rincón, y dirigiéndose a la puerta de salida. Allí trepó a la mesa tumbada a modo de barricada y se deslizó por la brecha.

Me di cuenta que yo estaba sonriendo cuando ya la chiquilla había salido; sonriendo de cara a los dos peques que quedaban en el rincón. Lentamente cambió la expresión de su rostro; cesaron en su lloriqueo y correspondieron a mi sonrisa. A mí me dolían los músculos de las mejillas. Me di cuenta

súbitamente de que era aquella la primera vez que sonreía desde que Fey había muerto.

EPÍLOGO

—Un cliente que está de vuelta —anunció O’Rourke, avanzando al lado de la camilla con ruedas que me llevaba por el pasillo del hospital.

Y lo dijo con una ancha sonrisa, aun cuando Marie, a la cual iban dirigidas sus palabras, no parecía considerar que la cosa invitara a reír. Vi cómo volvía la cara hacia el otro lado.

Le cogí entonces una mano y le dije:

—Ahora sí que estoy bien. He aprendido algo. Algo que me ha demostrado que la amargura no conduce a nada, y que el odio es un amante infiel. Si ello es posible, Marie, y si tú lo quieres, me gustaría que fueses tú quien me curase otra vez. Y te prometo que… ¡basta de pesadillas!

Marie sonrió. Su sonrisa era como la salida del sol.

—¡Ahora sí que creo que ha vuelto! —exclamó.

O'Rourke la miró con cara de satisfacción. Nunca vi en su rostro una expresión más humara que la suya en aquellos instantes.

—¡Yo diría que no llegó a salir realmente! —comentó.

FIN

Notes

[←1]

() *Cierto paño fino.*

[←2]

() *Por regla general, la pronunciación de la E de Fey sería como I; de ahí la aclaración que hace la dama, relativa a la excepción. (N. del T.)*

[←3]

() *Palabra con que se designa en el argot popular de los Estados Unidos a los italianos y a cualquier extranjero empleado en trabajos domésticos* (N. del T.).

[←4]

() *Carretera del Delta.*